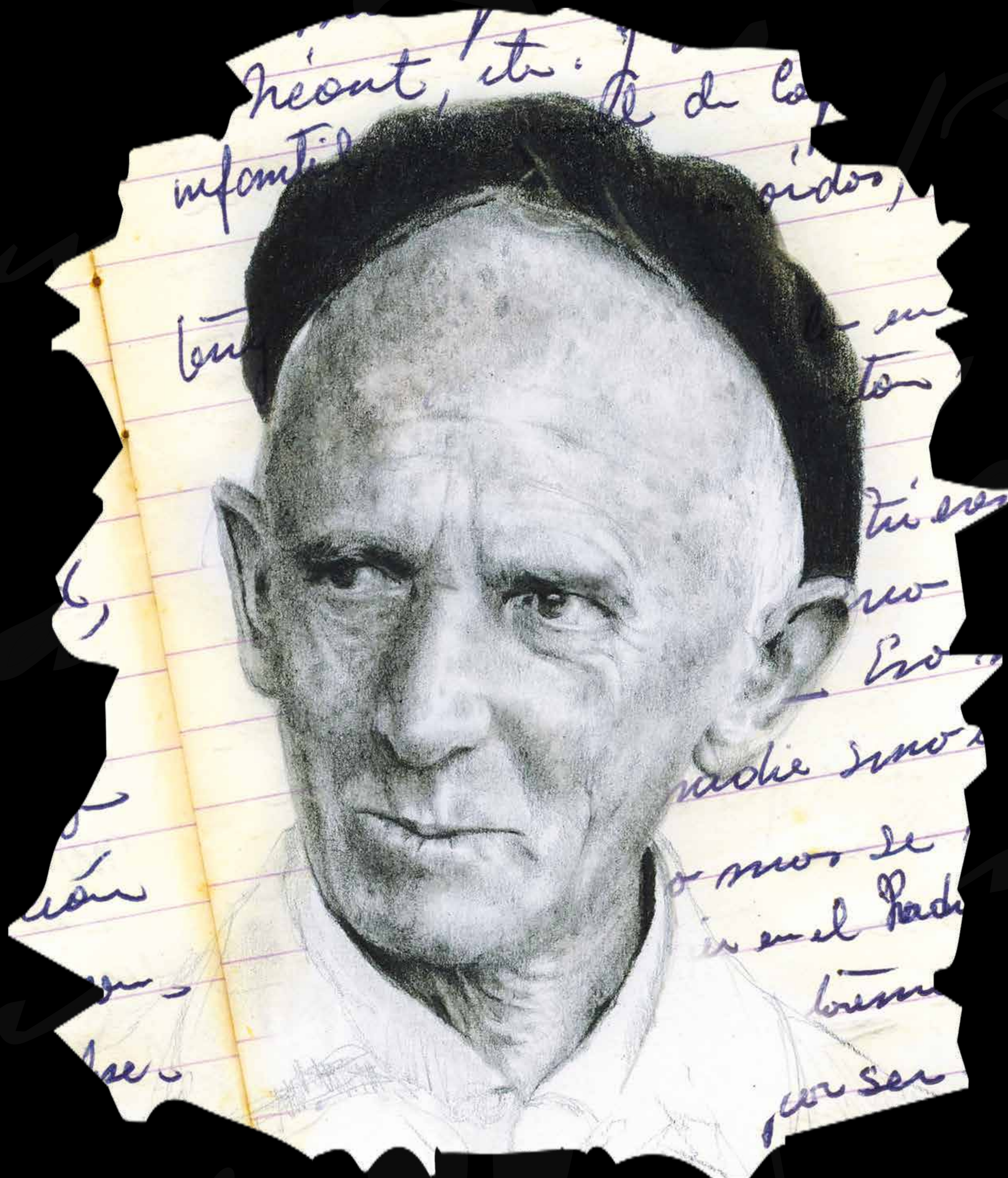


Fernando González

EL VIAJE A LA PRESENCIA



«Lo que yo deseo para mis libros es que
vivan su vida sin mí y que me alegren
al releerlos».

Fernando González

corporación
Otraparte



Con el apoyo de


Alcaldía de Envigado

Juntos
SUMAMOS
por Envigado



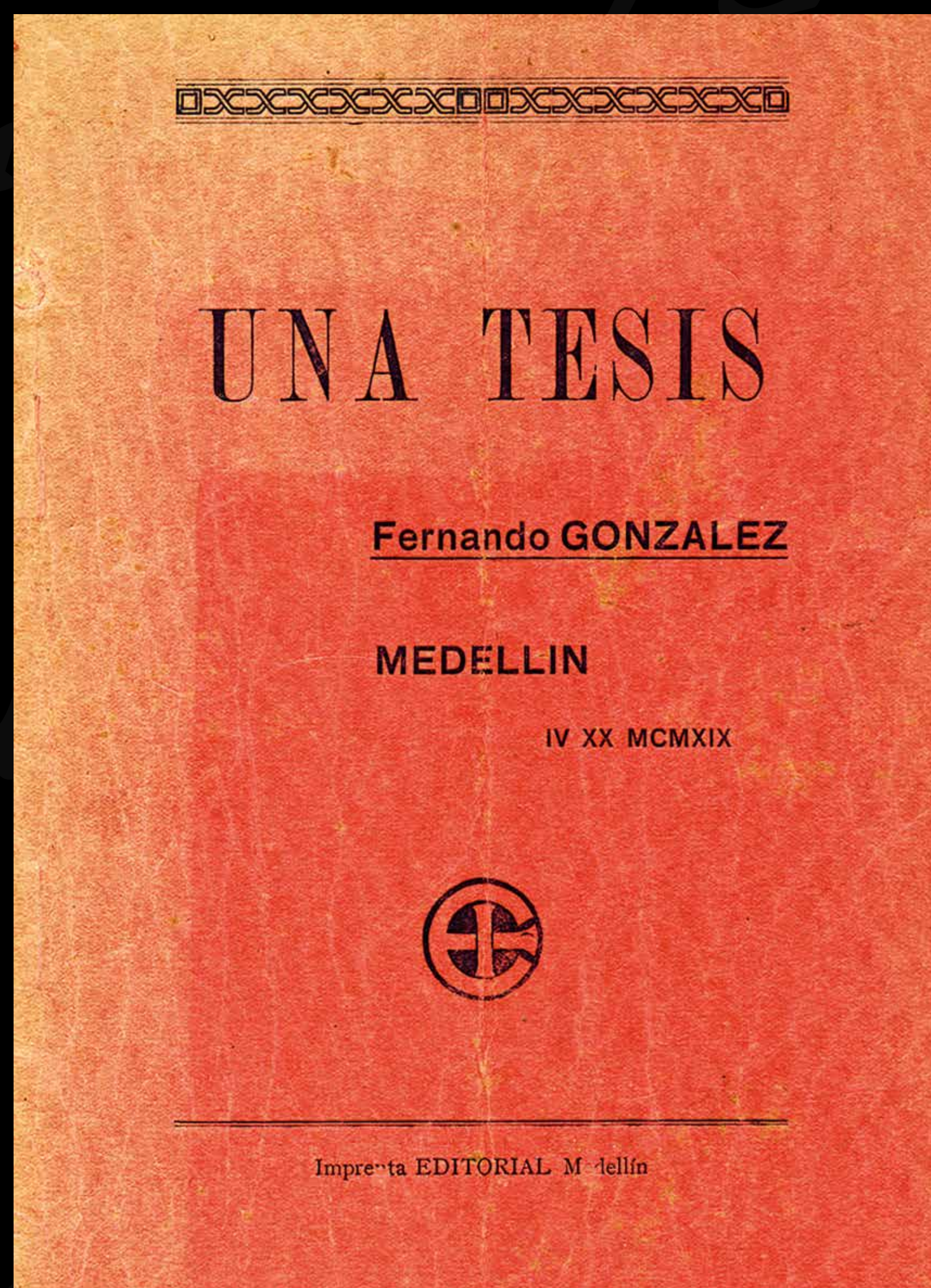
PENSAMIENTOS DE UN VIEJO

~ 1916 ~

«Quien huye de la vida es porque ama demasiado a la vida. Los hombres vulgares creen que un filósofo es un hombre de alma árida. Todo lo contrario. ¿Cómo puede analizar la vida el que no tiene el corazón repleto de vida? ¿Cómo puede conocer las pasiones, y los deseos, y los movimientos del alma, el que no tenga un alma atormentada?».

Fernando González

Primer libro de Fernando González, publicado a la edad de 21 años. Jesuitismo, atavismo e inhibiciones hacen de él un caos espiritual en su juventud. Como culminación de este período inicial de búsqueda aparece este libro distinto en el medio americano de entonces; un libro que elude los malabares adjetivos y los alardes de erudición, tan propios de la época centenarista; un libro sustantivo, vertido sobre los problemas de la intimidad del hombre. Don Fidel Cano, fundador del periódico liberal *El Espectador*, es el prologuista, muy paternal y elogioso, pero penetrante y certero al entender a González como un «atormentado» que va «derecho a creer en algo». El mundo jesuítico fue la piedra de toque para la tarea de autenticidad que asumirá el autor hasta el fin de su vida. En esta obra aparecen insinuados muchos de los temas que desarrollará luego y que irán viajando hasta sus páginas de madurez. Hallamos aquí breves reflexiones, escritas con el ritmo que surge entre el maestro y los alumnos. Se dirige a sus oyentes en tono sentencioso e invita a meditar la vida con calma y lentitud. Se esbozan cuestiones como el estudio de sí mismo, la soledad, el remordimiento, la muerte, el amor, el deseo. Pero en el fondo de todos estos contornos se vislumbra el anhelo de unirse con lo absoluto, su misticismo: «¿Qué amas tú en las mujeres a quien amas? No a ellas sino al ideal que en ellas has puesto. Yo disuelvo mi alma en el universo todo, y así amo todo el universo».



UNA TESIS

~ 1919 ~

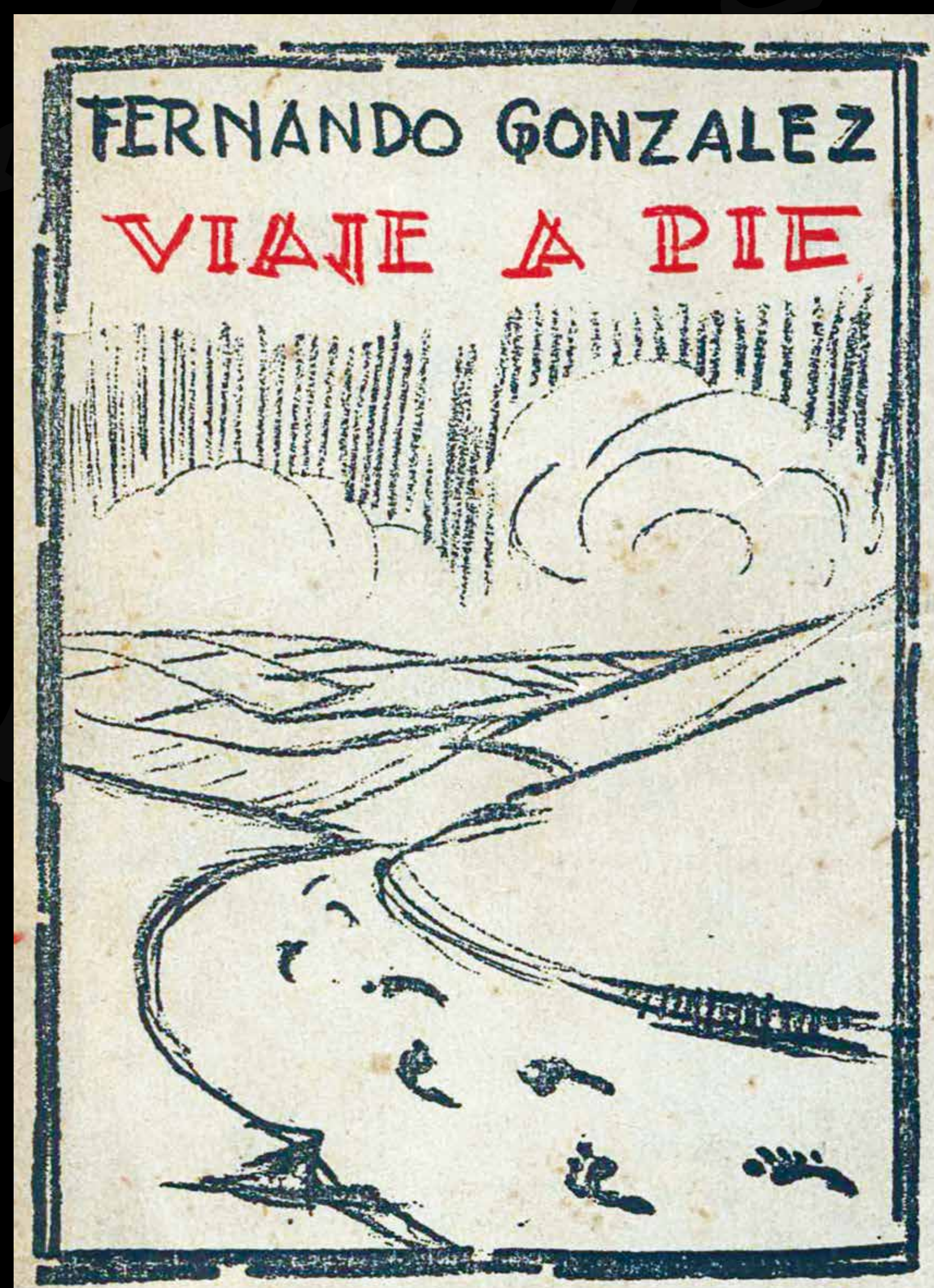
«De cómo en Colombia hay muchos doctores, muchos poetas, muchas escuelas y poca agricultura y pocos caminos».

«Los pueblos en los que la juventud no piensa, por miedo al error y a la duda, están destinados a ser colonias».

«El anarquismo tiene una base científica, y no es otra cosa que los principios de la escuela liberal llevados a la exageración».

Fernando González

En 1919 se produjo una enardecida polémica entre la Iglesia y la Universidad de Antioquia, en la que entrecruzaron lanzas los periódicos *El Colombiano* de Medellín y *El Espectador*, que todavía publicaba en la capital antioqueña una edición al lado de la bogotana, o sea conservadores y liberales. Y se dieron mandobles católicos y no católicos, creyentes y ateos, clérigos y laicos. En el centro de la confrontación se encontraba un joven escritor de 24 años, que el 20 de abril, en la Imprenta Nacional, había publicado la tesis con la que se había graduado como doctor en la Escuela de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. *El derecho a no obedecer* se titulaba el trabajo de grado de Fernando González Ochoa, que ante la presión ejercida acabó accediendo a cambiar el título por el genérico de *Una tesis*. «Eran tiempos muy inocentes», comentó el autor. La tesis está marcada de un tinte de liberalismo, pues al choque con el mundo jesuítico el joven González se volcó hacia la cultura liberal y racionalista europea: «Soy partidario de la Escuela Liberal». Sin embargo, el sustrato de su trabajo no es liberalismo propiamente tal, sino una diatriba anárquica contra la situación del pueblo: «Tenemos un pueblo pobre, aislado e ignorante por consiguiente, y un número exagerado de bachilleres y doctores [...]. La soberanía reside esencial y exclusivamente en aquel pueblo mísero y fanático [...]. Cómo se halagan las pasiones y la credulidad del populacho».



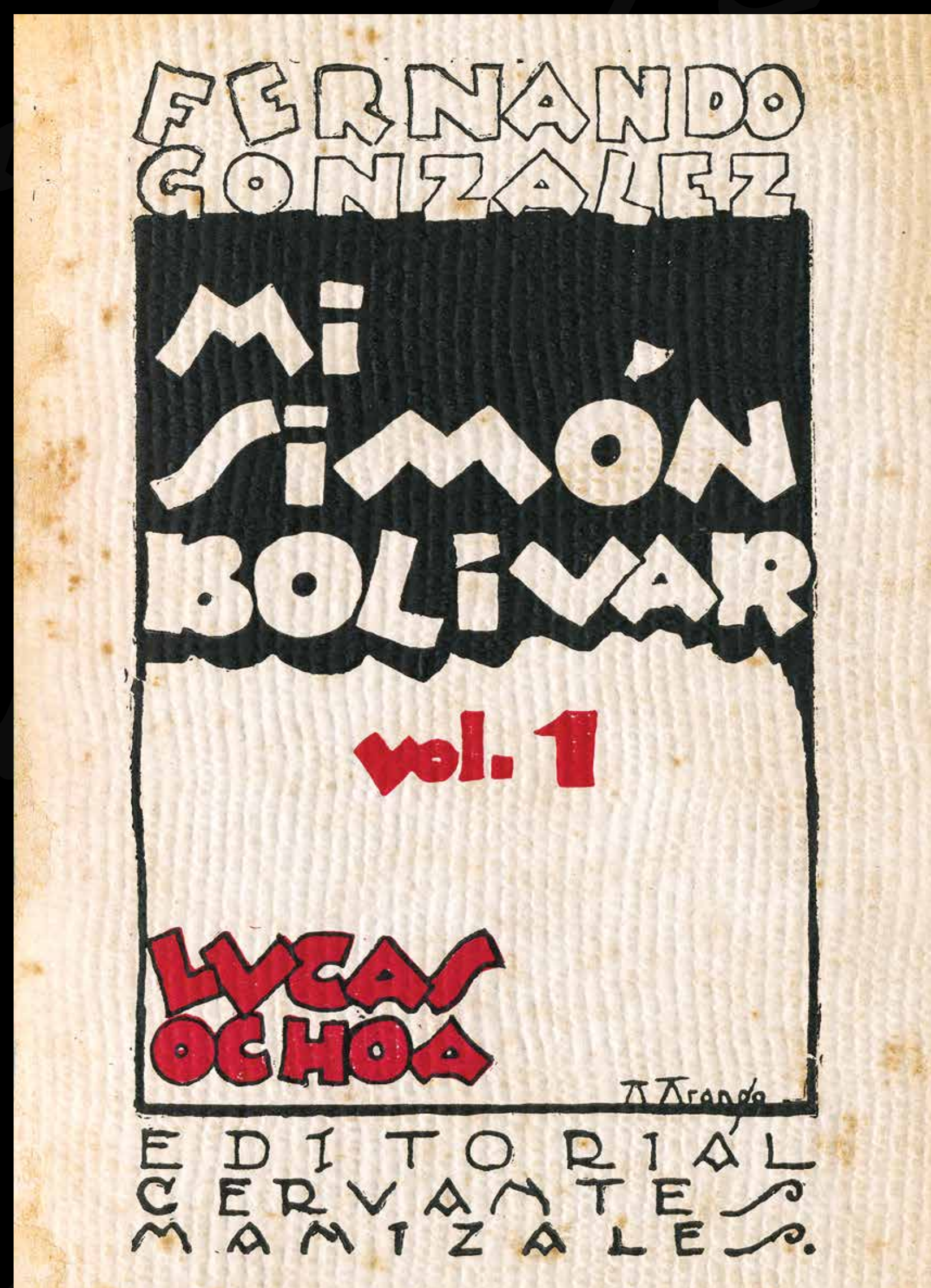
VIAJE A PIE

~ 1929 ~

«Tú, Margarita, que sabes el intenso amor del autor por su tierra colombiana, por el aire colombiano, por el Simón Bolívar solitario de Santa Marta, por el mar territorial, eres la única que puede entender la finalidad de este libro: describirle a la juventud la Colombia conservadora de Rafael Núñez; hacer algo para que aparezca el hombre echado para adelante que azotará a los mercaderes. Para ti es este libro; tú sabes qué piensa el autor de nuestro Señor Jesucristo».

Fernando González

Viaje a pie es un libro de desgarramiento, de separación. Es un viaje de liberación. Fernando González echa a andar a pie y con bordón porque necesita el gesto físico de alejarse. ¿Alejarse de qué? Primero, del mundo mental jesuítico que lo apresaba y con el que rompió al negar el primer principio ante el padre Quirós. Alejarse del clima anímico de esa Medellín de gordos negociantes que canjeaban el cielo como haciendo un negocio sucio. Desgarrarse de la retórica aprendida y operante entre sus coetáneos a la hora de escribir. Romper las cadenas de una religiosidad catecúmena para enrumbarse en un proceso místico que marcará su vida y tendrá, al final, culminación y término. Se desprende de un ámbito vital cerrado y atosigante, que lo ahoga, y se va a respirar aire puro, a buscar nuevos horizontes. Caminar es, siempre, buscar horizontes. Por eso camina y camina a pie. Y se abre. Y se siente vital, joven, pletórico. Y plantea una filosofía nueva, y una prosa nueva, y una sociología nueva y una religiosidad nueva, que huele a sensualidad casta, a cespedón, a muchacha campesina. Que huele a virgen. A América virgen, a Colombia virgen, al ser humano virginal y limpio. *Viaje a pie* rompe trece años de profundización silenciosa en los hallazgos y postulados de *Pensamientos de un viejo* y constituye el comienzo de la tarea sistemática de toda la vida de Fernando González: la búsqueda de la filosofía de la realidad contra la filosofía imaginativa de la ensoñación metafísica.



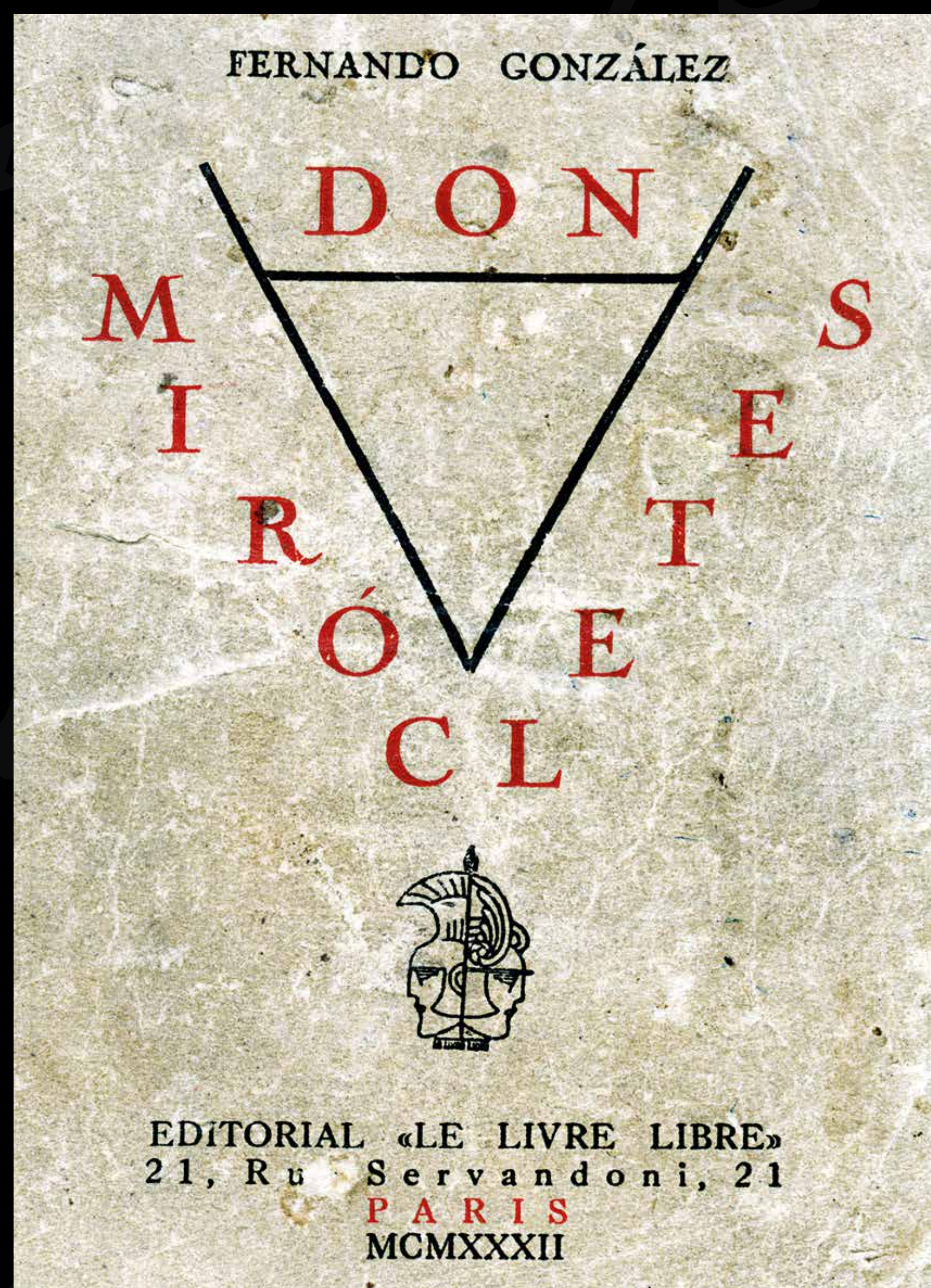
MI SIMÓN BOLÍVAR

~ 1930 ~

«Recorrió Lucas hacia el norte y hacia el mediodía, al levante y al poniente, en busca inútil de la belleza humana. Entonces fue al pasado y halló que en Santiago de León de Caracas había nacido, a la una de la mañana del veinticuatro de julio de mil setecientos ochenta y tres, un español criollo, heredero de toda la energía de los conquistadores, y que en su corta vida de cuarenta y siete años, cuatro meses y veinticuatro días había cumplido los siguientes principios en que se resume la actuación de la energía humana: I. Saber exactamente lo que se desea; II. Desearlo como el que se ahoga desea el aire; III. Sacrificarse a la realización del deseo. Este hombre fue SIMÓN BOLÍVAR. Encontrada la belleza humana, se aisló Lucas de sus conciudadanos y se entregó durante años a realizar en sí mismo al héroe».

Fernando González

Fernando González presenta a Simón Bolívar desde una perspectiva histórica original. No es una aproximación erudita tradicional, que examina su objetivo desde el exterior, sino una novedosa manera que parte de lo propio y de lo íntimo, involucrando potentemente los sentidos, desde la encarnación de lo común entre sujeto y objeto de investigación. De ahí que su método se llame *emocional*, pues es el historiador, mediante su experiencia, quien sirve de eslabón para obtener una mirada singular del personaje. Para referirse a Bolívar, Fernando González elabora por medio de uno de sus *alter egos*, Lucas Ochoa, una teoría en la que el yo asciende por medio de grados de conciencia. Esta teoría le servirá para mostrar que existen diversos niveles de conciencia en los sujetos y en los pueblos, a saber: el orgánico, el familiar, el cívico, el patriótico, el continental, el terreno y el cósmico. Bolívar es una muestra de evolución del yo en nuestro continente, pues alcanzó el grado continental y batalló no sólo por la independencia política, sino también por la libertad espiritual. Lo que hace Fernando González, entonces, es darnos un Bolívar «vivo y palpitante». Y como tal distinto. Y como tal inquietante. Y como tal perturbador. El Bolívar que surge del libro no es el personaje domesticado y amansado con el que, so capa de admiración y culto, se han ido pervirtiendo los ideales bolivarianos. Por eso en 1930 el libro del escritor envigadeño produjo tanto escozor, y lo seguirá causando.



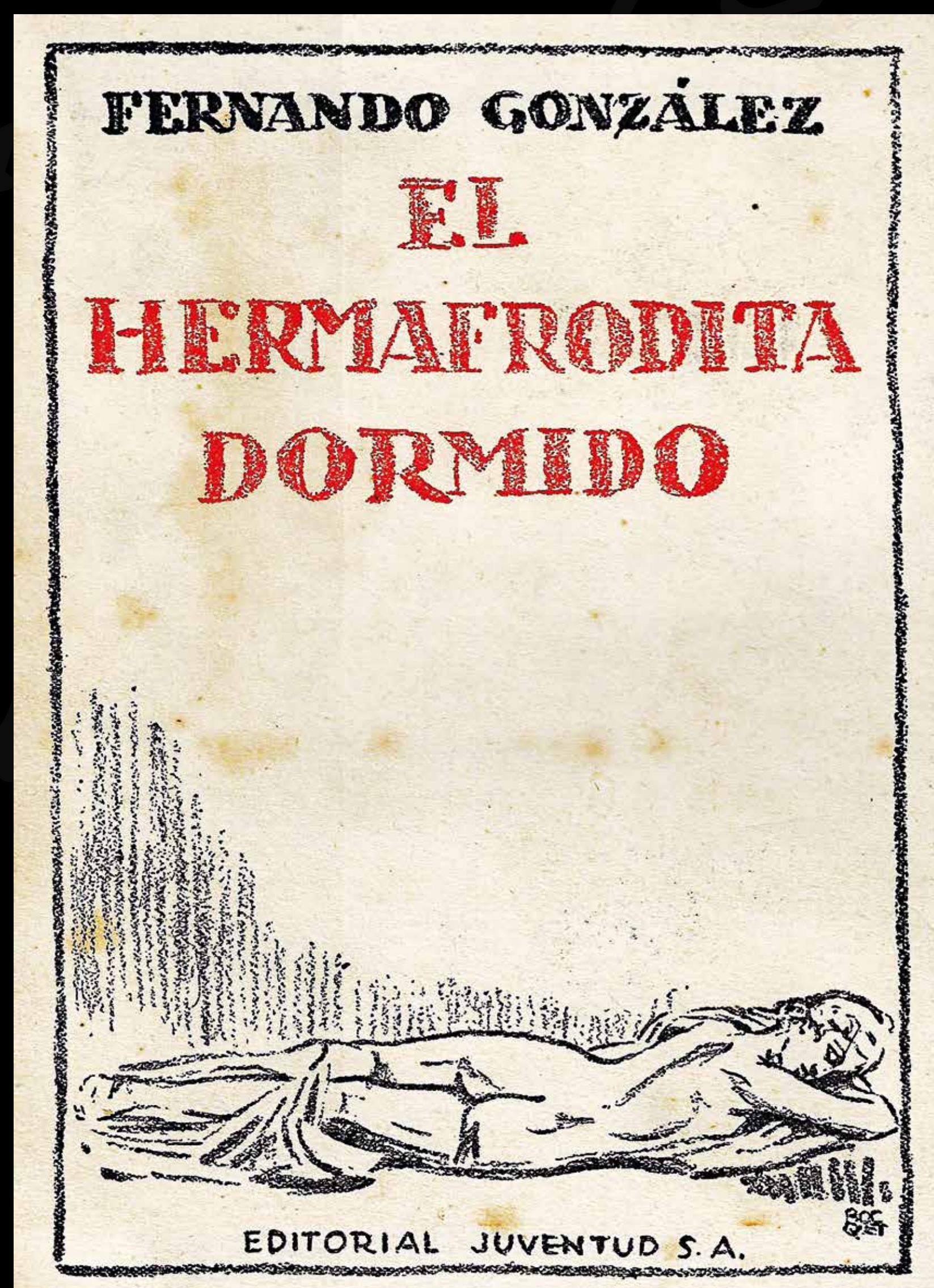
DON MIRÓCLETES

~ 1932 ~

«Me parece que a ninguno lo atormentó un personaje suyo como Manuelito Fernández a mí. Amargóme los días de mi primera visita a París, pues allá lo creé y llegó a estar tan vivo que me sustituyó. Casi me enloquezco al darme cuenta de que me había convertido en el hijo de mi cerebro. Quise formar un personaje y rodearlo de gente y de vida observada hace tiempos. Me cogió la lógica que preside a la aparición de los organismos artísticos y casi me lleva a la locura. El 20 de agosto de 1932, a las once de la noche, entré al metro en la estación de la Magdalena, huyendo de una hermosa que me repetía: “Pas cher! Pas cher! Quatre vingts francs avec la chambre...”, y allá me sentí tan idéntico a mi personaje que lo oía hablar dentro de mi cráneo, y entonces terminé este libro sin que Manuelito se suicidara. Si se mata —me dije—, oiré que la bala rompe mis huesos y penetra en mi cerebro. Mi proyecto y la lógica exigían terminar con el suicidio. Pero fue imposible».

Fernando González

Fernando González se trasladó a Europa con su familia en 1932 al ser nombrado cónsul en Génova y después en Marsella. En ese mismo año publicó en París la novela *Don Mirócleles*, dedicada «a las ceibas de la plaza de Envigado», cuya lectura fue prohibida por el arzobispo de Medellín. En esta novela se separa la conciencia moral de la fisiológica, encarnada en el personaje Manuelito Fernández. Todo en la obra lleva a ese clima interior, y se empieza a patentizar el existencialismo del autor, el cual luego ampliará en *Salomé* y en *El remordimiento*, cuando los personajes manifiestan que cada hombre es un comienzo que marcha irremediablemente hacia la tumba. La angustia que genera esta realidad y, de paso, el miedo que ellos experimentan ante la muerte, son posiblemente una explicación de la espiritualidad que se evidencia en las obras y la notoria inclinación del autor hacia la religiosidad, el volcarse hacia su interior para autoanalizarse. Otro tema es el de los métodos que utiliza el personaje para lograr la perfección, que también aparecen en otras obras. Según José Guillermo Ánjel (Memo Ánjel), *Don Mirócleles* «es libro de usuras, muertes y agonías largas», y el autor lo comentó así en un reportaje de 1936: «Aquí llegué a entender mi personalidad, sus orígenes, etc. Es una biografía del subconsciente. Al mismo tiempo es la sonrisa del que ya se encuentra y que desde la altura de su propia alma contempla las formas de sus parientes, de sus conciudadanos».



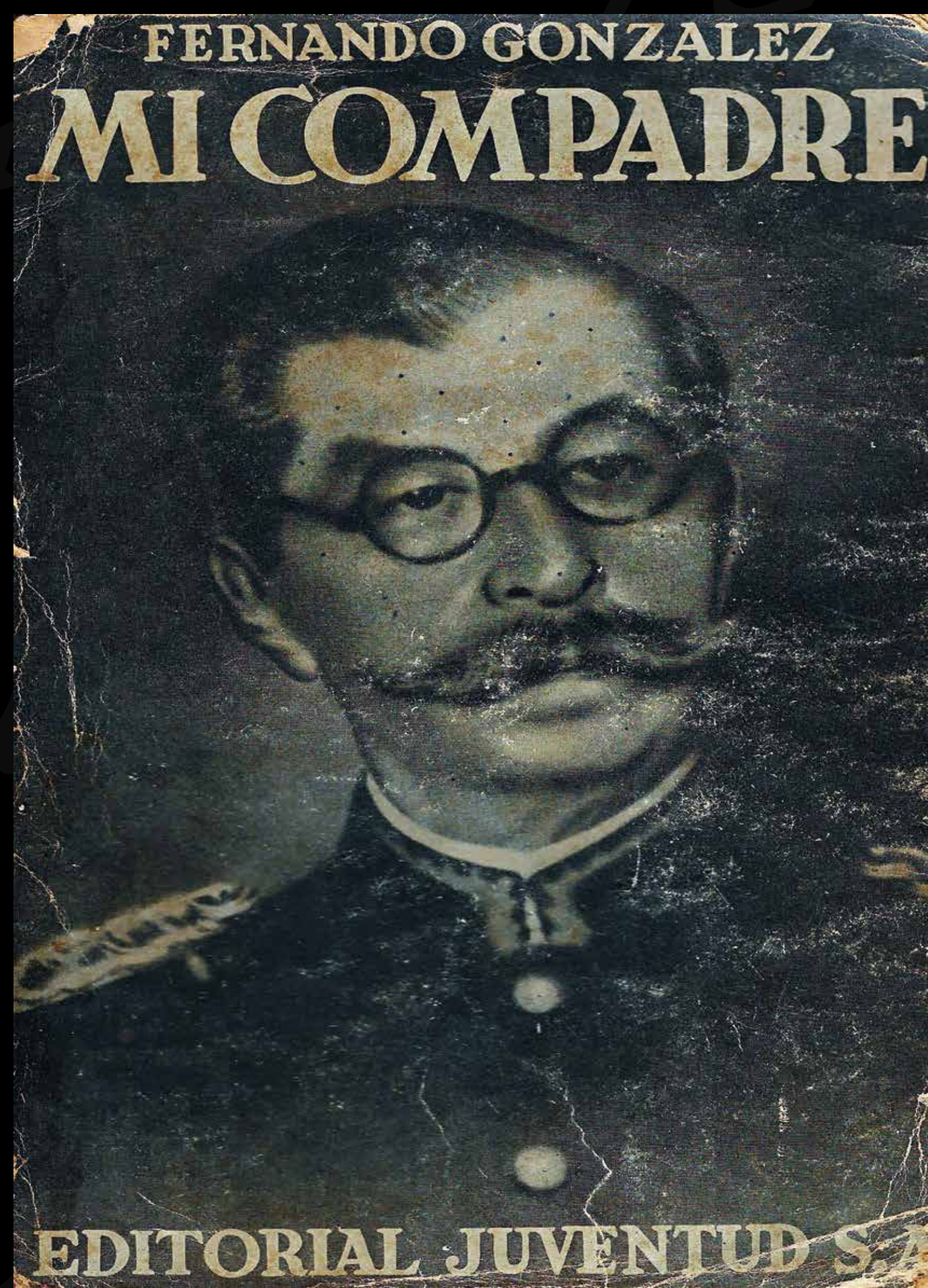
EL HERMAFRODITA DORMIDO

~ 1933 ~

«¿Quién es Lucas de Ochoa en los días en que saca en limpio sus aventuras italianas? Cada rato sale a la ventana del Consulado, donde trabaja, mira para el cielo y llama a Dios. También cuando sale de paseo con los hijos mira para el cielo, como las aves de presa cuando se asolean en los tejados. Tiene una gran seguridad de que somos “hechura” y de que podemos “recibir energía”. La cuestión es ponerse en relación con ella. Casi todos cortan la corriente y se arrugan como pasas. Se siente vivir en comunicación con todo lo creado. “Hasta allá —dice—, hasta el sol más lejano está unido a mí”. Muchas veces despierta durante la noche y siente la solidaridad con las estrellas, siente que el sol está calentando el otro hemisferio y ve a la Tierra que va por su camino, tan bella».

Fernando González

El Hermafrodita dormido contiene doce ilustraciones que reproducen las esculturas vistas por el escritor en museos durante su permanencia como cónsul en Génova. Deben entenderse como la declaración de dependencia con el tema más importante que trata: la belleza en la escultura clásica. El libro es uno de los representantes más singulares de tres géneros sin residencia fija en el canon literario colombiano: la literatura de viajes, el ensayo literario y la crítica de arte. Tal confluencia de intereses nos ayuda a situar la obra. Por un lado, se identifica al autor reconocido: el que fustigó a los connacionales, se pronunció contra la Europa moribunda y se atrevió a formular programas políticos y culturales para Suramérica, es decir, el González que forjó una personalidad propia como escritor y filósofo «de la autenticidad». Pero, por otro, se manifiesta también un autor irrepetible: el que, embelesado, toma la pluma para evocar la experiencia con obras de arte que le dejaron una huella profunda. Por ello aparece una tensión entre cristianismo y paganismo, entre sensualidad y ascetismo, la cual se proyecta sobre el propio yo. Tres temas predominan: la figura de Mussolini, que responde al interés en personalidades como Bolívar, Juan Vicente Gómez o Santander; la pregunta por el ser nacional y continental, que llevó a plenitud en *Los negroides*; y la experiencia de contemplación en los museos, que por esa época empezaron a formar parte de la industria turística.



MI COMPADRE

~ 1934 ~

«Durante la gestación y la realización de esta obra nada me importaba la moral: bueno, malo. Me importaba el hecho, era biólogo. Y en presencia del general Gómez, cuando el viejo dilataba esos ojazos hipnotizadores que normalmente parecían dos cortadas, sentía orgullo de mi Suramérica que puede producir, con la mezcla de sangres, protuberancias vitales. ¿No es grande un río porque sea sucio? ¿No sería grande Juan Vicente Gómez si tenía grandes capacidades: para encarcelar, para hipnotizar un pueblo, para humillar, para apoderarse de un conjunto de llaneros soberbios hasta el punto de manejarlos como niños? [...] La cantidad de energía es lo esencial; aplicarla a lo que llaman bien o mal, eso es cuestión de disciplina. Mi conclusión fue: prometedores somos, puesto que producimos estos seres humanos. ¿Qué me importa uno de estos hombres que llaman buenos si lo son por falta de gana? Son eunucos del espíritu».

Fernando González

Tras una grave enfermedad que lo llevó al borde de la muerte, surgió en Fernando González, más incontenible que nunca, el ansia de plenitud vital. *Mi Compadre* es el símbolo de este renacer. Desde mucho tiempo atrás, Juan Vicente Gómez había sido un estímulo para estar enamorado de la América primitiva. González viajó en 1931 a Venezuela para conocerlo, y sintió «por ese gran americano un inmenso cariño y admiración», pues todo en él era «métodos, sangre, formación e ideas suramericanas; ni ha salido, ni es letrado, ni tiene dinero fuera del país». Sin embargo, este estudio biográfico es realmente una burla de los sistemas políticos, de la parlanchinería senatorial inoperante; de las democracias americanas, títeres de los poderíos internacionales, que perpetúan castas y privilegios. Gómez, la ignorancia y la fuerza, la acción y la decisión, la intuición y la determinación advenidos al poder, es la antítesis de todo lo que en Suramérica se ha llamado cultura, poder, progreso y civilización. La llegada de este nativo iletrado a la presidencia venezolana y su capacidad de trabajo, progreso material y orden, frente a los poderes tradicionales, inoperantemente activos durante casi cien años, es el desnudamiento mayor de la mentira sociopolítica de América. González se burla de las falsas culturas nacionales suramericanas y alaba a Gómez, pues él, terco, despótico, ignorante, es la encarnación del momento histórico continental.

FERNANDO
GONZÁLEZ

EL REMORDI- MIENTO

EDITORIAL
ARTURO
ZAPATA

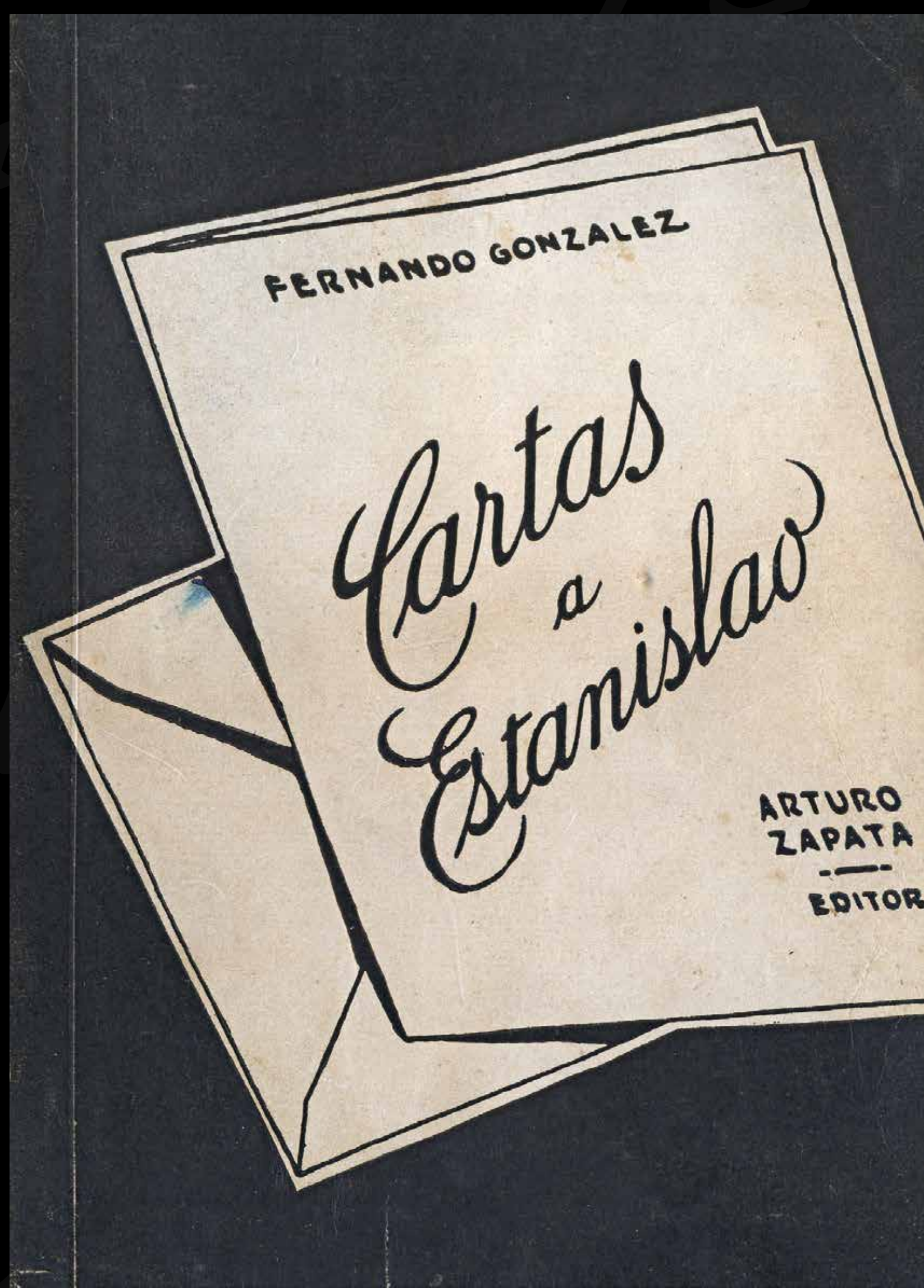
EL REMORDIMIENTO

~ 1935 ~

«Aquí se trata de la explicación del modo como el hombre asciende, mediante el pecado, mediante los insultos a Santander, para venir luego el remordimiento, o sea, la comprensión. Que cada día seamos más. El motivo para este libro fue en Marsella, una muchacha que me dijo en Año Nuevo que podía besarla, a las doce. Nos asustamos; la besé, pero comencé a criticarme, a lamentarme de que no la había besado bien. Entonces se me iluminó el problema del remordimiento. Es un libro netamente psicológico, descripción de la manera como el hombre progresa en conciencia, en conocimientos, en liberalismo».

Fernando González

A Fernando González los problemas siempre le vienen sugeridos por sus vivencias: la visión de un entierro lo lleva a meditar sobre la muerte; haber resistido al amor de una joven le suscita el problema del remordimiento; su regreso a Colombia después de vivir en Europa lo hace inquietarse por las causas de la vanidad de los suramericanos. Por todo ello rechazó la lectura y la interpretación de su obra al margen de las vivencias que originaron su pensamiento y su palabra: «El libro tiene que quedar tal como me nació, sin cambios, sin supresiones, porque si no, tendríamos sermonario para señoritas histéricas. Yo soy artista de la vida, pintor de animales en celo». Sin embargo, las ideas desplegadas en *El remordimiento* no son ocurrencia repentina del autor, pues desde *Pensamientos de un viejo* la relevancia del combate moral del sujeto ya había germinado. Este libro pretende mostrar, a través del profundo análisis vivencial, un método de ascensión espiritual (nivel de conciencia) para poseerse a sí mismo: «Este libro es para la juventud colombiana. Me incita a escribirlo el deseo de enseñar a mis conciudadanos el secreto de la grandeza. Mis enseñanzas irán cubiertas de la dura y amable carne de Tony... Cuando hice el sacrificio de que hablaré después, [...] fue para Colombia toda que dije: “En cambio de esto, danos belleza interior”. [...] Mis discípulos son los que renuncian cada día a lo que más les gusta, porque no les satisface. Quieren poseer a Dios».



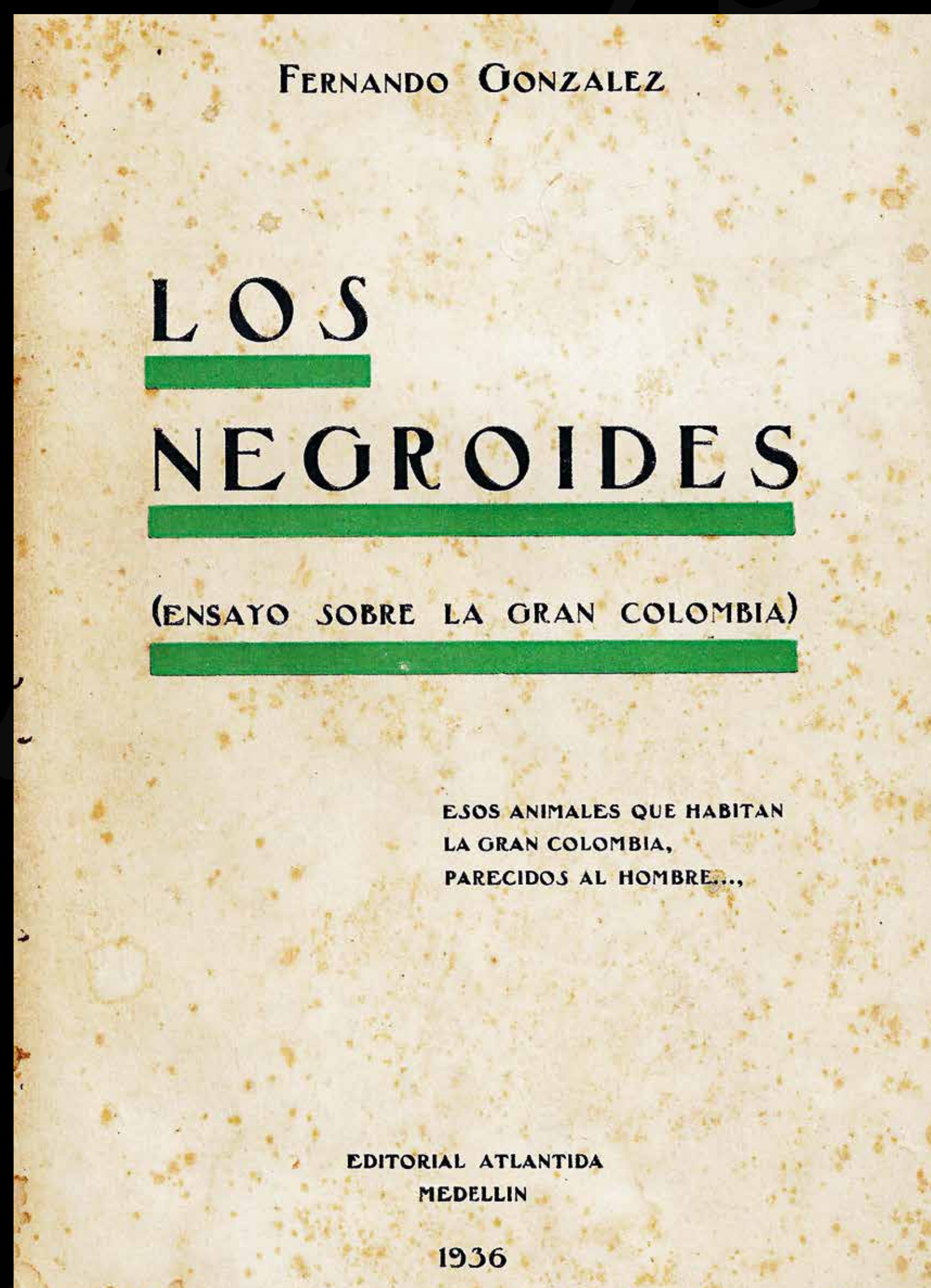
CARTAS A ESTANISLAO

~ 1935 ~

«En “Cartas a Estanislao” hice poemas a la orgullosa y divina aceptación de uno mismo y lancé diatribas contra la mentira que ha sido la humanidad en América. Entre muchos objetos que tuve al escribirlo, el principal fue amor a la obra cultural que podemos llevar a cabo los hombres libres, los liberales. Quise burlarme del liberalismo nominal; hacer comprender a la juventud que liberalismo es un estado de conciencia, premio de grandes sacrificios y disciplinas. Es deber de todo pensador permanecer alejado de partidos políticos para conservar la libertad de crítica. Los hombres de acción deben realizar lo que sea posible; el que se dedique al pensamiento debe ser acicate. Juntos van acicate y mula y juntos realizan la obra de llegar; pero en algún sentido el acicate es enemigo de la mula. Ya dijo Sócrates que él era tábano sobre el caballo Atenas. ¿Quién amaba tanto como él a Atenas? ¿Quién ama tanto la libertad, el liberalismo, como yo? Pero mi deber es no comprometerme».

Fernando González

Después de ser expulsado del consulado en Marsella, Fernando González regresó a Colombia en 1934, y un año más tarde publicó *Cartas a Estanislao*, serie de correspondencia con familiares y amigos, especialmente Estanislao Zuleta Ferrer, muerto el 24 de junio de 1935 en el accidente aéreo en el que pereció también el cantante argentino Carlos Gardel. Fue honda la amistad del escritor envigadeño y el joven abogado, padre del conocido filósofo y escritor que llevó su mismo nombre. Es un libro que hiere y golpea, en el que González hace gala de la sorna y la irreverencia que le granjearon odios y anatematizaciones. Y muestra a cabalidad una de sus facetas más humanas, además de aportar una rica veta de originalidad y contundencia a su producción literaria, enriquecida con una prosa franca, directa, sin tapujos, adobada al mismo tiempo por la intimidad que propicia la amistad o la ironía de la respuesta a críticos y detractores. Fernando González levanta su voz enardecida y se convierte en profeta denunciador de la bajeza moral y de la mentira social del país: «¡Nació mi verdadera vocación! Tengo ganas, Estanislao, de fundar escuelas en donde disciplinemos a la juventud..., para asombrar al mundo. Dame que pudiéramos establecer tres escuelas, disciplinar dos generaciones, y Colombia sería grande. Hasta hoy, en cuatrocientos años que lleva de vida pública este continente, las generaciones han sido hechas para el miedo, la vergüenza, la esclavitud y el pecado».



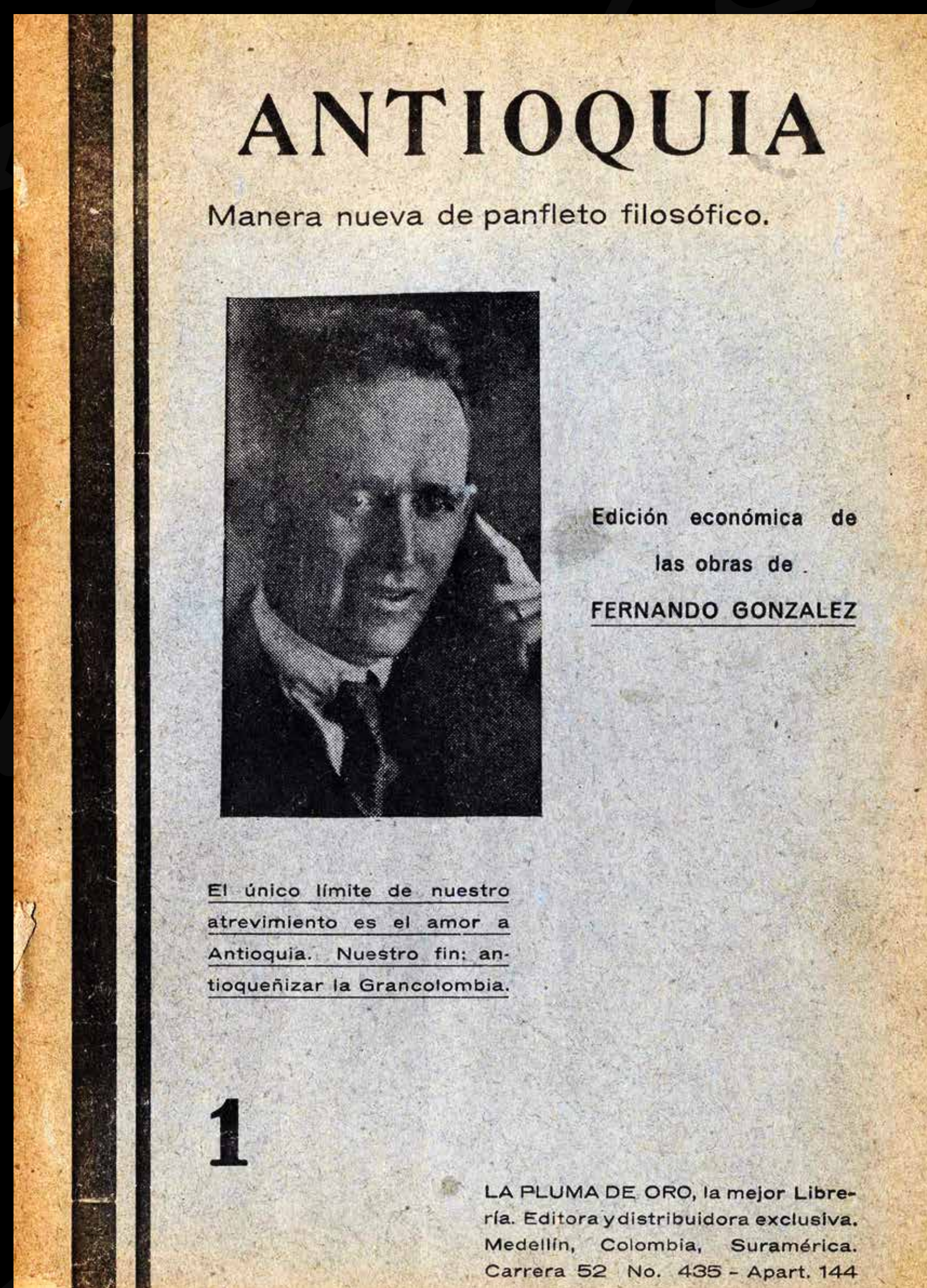
LOS NEGROIDES

~ 1936 ~

«¿Qué me importan la moral y la ley, a mí, el predicador de la personalidad, de la auto-expresión, a mí, que amo a Jesús y al diablo, a Bolívar y a Gómez...? No amo sino a los honrados con su propia alma. No escribo para los suramericanos que tienen un metro que les impusieron los frailes españoles; no escribo para los bogotanos (y bogotanos son en Quito, Lima, Santiago y Buenos Aires), que nada han parido, que rezan como en Europa, legislan como en Europa y que orinan como en Europa».

Fernando González

Fernando González encara en *Los negroides* lo que consideraba el problema fundamental de Suramérica: la *vanidad*. La define como «carencia de sustancia, apariencia vacía». Opone a ésta, como único medio de superación, la libre expresión de la personalidad, es decir, el orgullo, la egoencia: «El orgullo es fruto del desarrollo de la personalidad, por ende, contrario a la vanidad». Somos vanidosos en casi todo lo que hacemos, padecemos como pocos las consecuencias nefastas de la mediocridad y la indisciplina, ocultamos la verdad para quedar bien, vivimos del decorado, nos es imprescindible el barniz, el lavado, el toque de pintura, somos esclavos del qué dirán. Además, nos avergonzamos de nuestras raíces ancestrales, odiamos al indio y al negro que hay en nosotros, preferimos la imagen del europeo o la del gringo, en todo caso, la del «blanco». La verdadera obra humana —dice Fernando González— está en vivir nuestra vida y en manifestarnos. La cultura suramericana (copia de la europea) se ha encargado de crear individuos inhibidos que sienten vergüenza de autoexpresarse. Y la cultura debería tener una función particularmente formativa que le ayude al individuo, no a disfrazarse, sino a desnudarse y a librarse de lo que le impide su autoexpresión. Entonces, como pueblo suramericano, no tenemos identidad y nuestro pecado se llama vanidad. «La vanidad está en razón inversa de la personalidad», y acto vanidoso es aquel cuyo fin es aparecer socialmente.



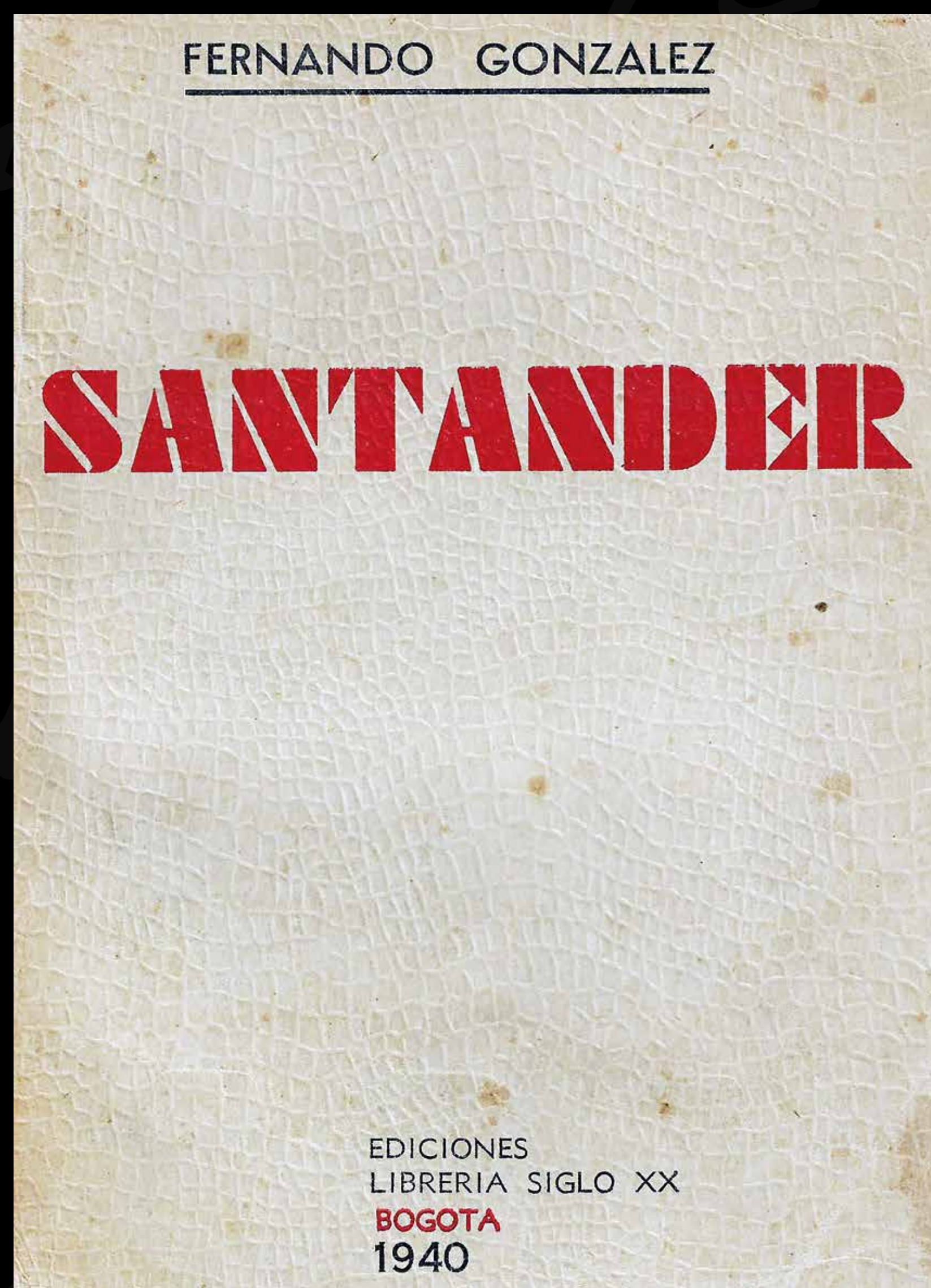
ANTIOQUIA

~ 1936 - 1945 ~

«Antioquia quiere ser una publicación que no estafe al público; no aparecerá sino cuando el redactor tenga algo digno de leerse. Será diferente de las revistas que existen hoy en la república. Se distinguirá de las unas en que no se compondrá de artículos recortados a tijera; de las otras, en que no estará al servicio de nadie sino de algunos sentimientos delicados, tales como el amor a lo original, a la desfachatez, a la patria y al arte. Será una revista desfachata. Pero jamás causará heridas dolorosas; acariciará apenas».

Fernando González

Fernando González era la búsqueda de sí mismo. Todo su conato creativo, así como su presencia de hombre en el mundo, tenían esa meta, marcada ya en el Templo de Delfos como el primer impulso filosófico. En el número 2 de la revista *Antioquia*, al decir que el 1.º se había agotado, anota: «No esperábamos tanto, pues esta revista es hija nuestra y nosotros vivimos a la enemiga». Para eso hizo esta revista, para vivir a la enemiga. Pues no de otra manera se puede vivir en una sociedad podrida. Y funciona como texto de historia. Porque no es la simple revista o repaso de los acontecimientos, sino su perforación. «Cava hondo, cava hondo», decía Nietzsche. Y Fernando González cavó. Leído hoy, tiene la condición del texto histórico. Porque logró ese milagro de la levitación que aconsejaba Ortega para entender el propio tiempo: distanciarse, elevándose, para así apreciar, en frío y en conjunto, el fenómeno. Y se empieza a comprender un país que arrastra lacras desde sus inicios. Esto que decía en mayo de 1936 vale hoy: «Colombia tiene pueblo y no tiene clase directiva». La revista *Antioquia* es un libro de filosofía, escrito a veces en clave de poesía o de novela o de sociología o de crónica. Fuera de todos aquellos atisbos y manifestaciones, a cada paso brotan las observaciones penetrantes, los asedios, las propuestas, las interrogaciones. El filósofo se manifiesta por múltiples modos. Y lo que nos propone es la inquietud, el desasosiego. El permanente asombro.



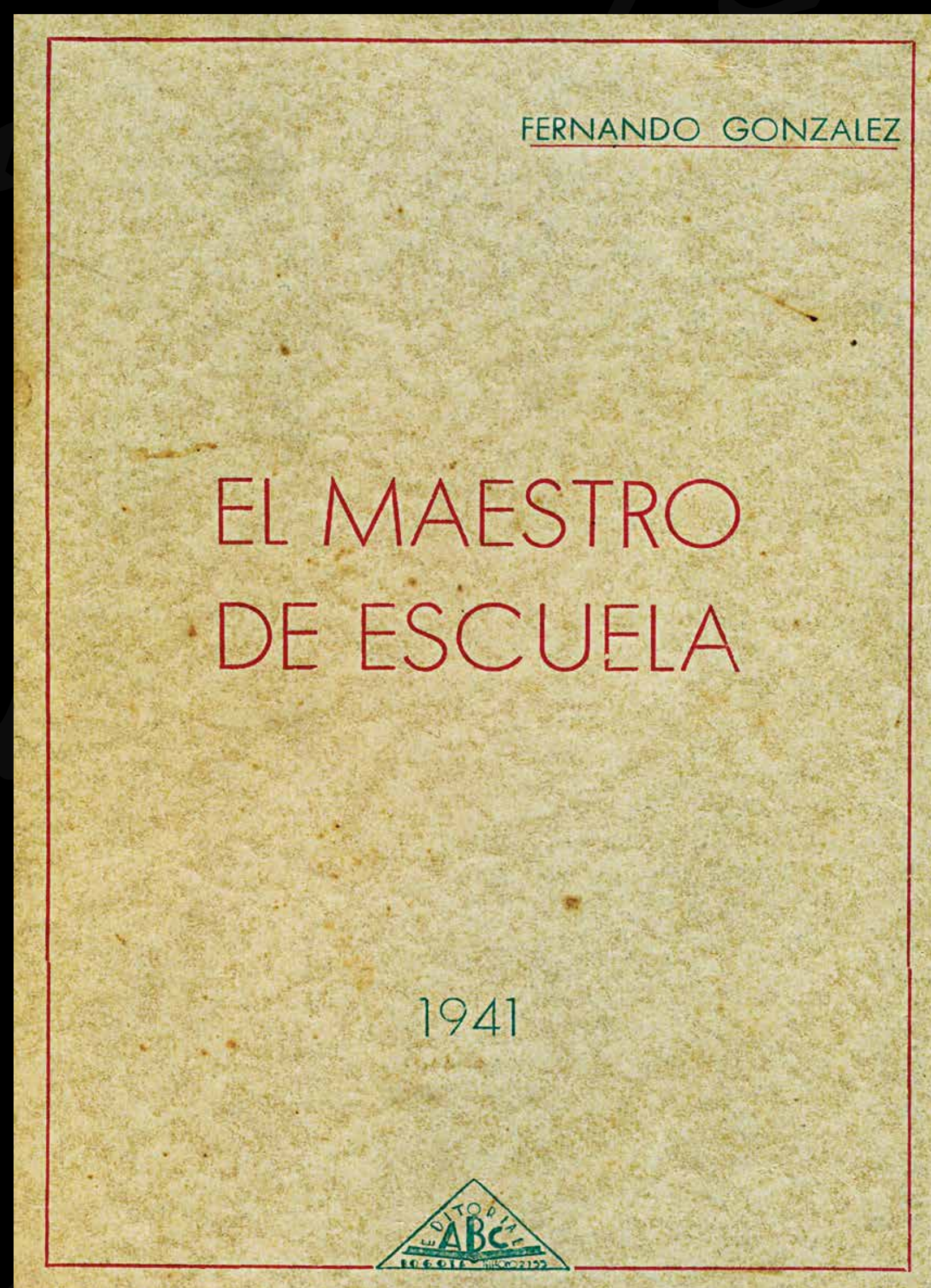
SANTANDER

~ 1940 ~

«Como Santander es un falso héroe nacional, el propósito de este libro es destaparlo. Colombia, guiada por él y sus hijos, que hoy nos gobiernan, va por torcido y oscuro camino que conduce a la enajenación de almas y tierra, cielo, mar y subsuelo. Un instinto poderoso, atracción por la verdad, nos guía en esta obra. Ella sería antipatriótica si realmente el mayor Santander fuera representativo de los nueve millones de colombianos que poblamos este territorio. Pero no lo es, y una voz nos ordena destaparlo, para que la juventud le evite».

Fernando González

En 1940, año del centenario de Francisco de Paula Santander, irrumpió con insolencia este libro para abatir el mito y enjuiciar el dogma. Fernando González revela al Santander tortuoso, elusivo, mezquino, lleno de perversidad y de envidia. Se ha dicho con injusta ligereza que es un libelo ponzoñoso. No lo es. A todo lo largo de él vibran la pasión y la ira. Pero es que cuando el hombre iberoamericano de verdad siente devorada el alma por la mística bolivariana; cuando vive la tragedia del Libertador tropezando por los caminos de su América grande con los obstáculos que unos cuantos enanos aviesos interpusieron a sus pasos de coloso; cuando evoca el vencimiento final de Bolívar por los enanos; y cuando piensa con Fernando González que, mientras el Libertador murió virgen, quienes hoy nos gobiernan son la progenie de Santander, de Riva Agüero, de Flórez, de Páez y de Rivadavia, su natural reacción no puede ser sino airada, colérica y violenta. Y esa es la postura de Fernando González. Su espíritu bolivariano lo enfrenta al más prominente de todos aquellos que, con asombrosa concomitancia, cumplieron la execrable misión de malograr el ideal del Libertador, único esencialmente capaz de construir la gran nación hispanoamericana, precozmente fraccionada en trozos minúsculos por la rapacidad de sus enemigos. *Santander* es un libro implacable, apasionado, devastador, y su publicación produjo un coro de unánime «patriotismo», herido por las afirmaciones del autor.



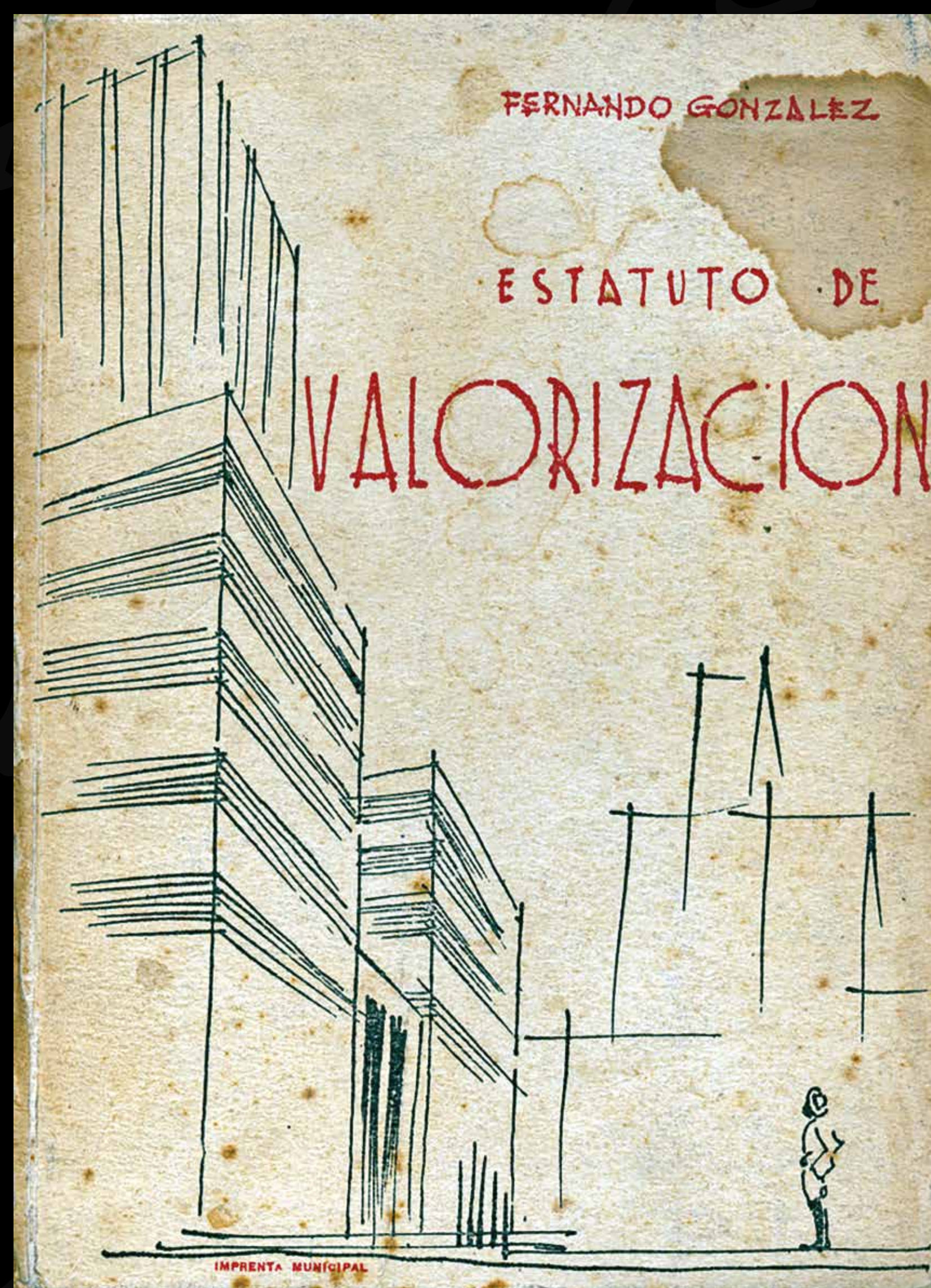
EL MAESTRO DE ESCUELA

~ 1941 ~

«Manjarrés era más bien alto; las piernas muy largas y flacas. Pero se le veía que había nacido para gordo: era un enflaquecido, flacura de maestro de escuela; no era esa su condición natural, sino que la padecía. Usaba bigotes colgantes y, en el bolsillo interior izquierdo del saco, un cepillo para dientes, con las cerdas de para arriba, condecoración de todo maestro de escuela. Mientras discurría, abría y cerraba su vieja navaja de bolsillo, muy comida y limpia por sobijos y amoladuras; también sacaba de los bolsillos pedazos de tiza; estos y tiznajos son la única abundancia en casa del maestro».

Fernando González

Tras la publicación de *Viaje a pie*, *Mi Simón Bolívar* y *Don Mirócleles*, el joven abogado es ya un antípoda de los colombianos de su generación. Su duro lenguaje lo ha marginado de los círculos literarios de la pulcritud centenarista. ¿Qué hay en el fondo de *El maestro de escuela*? ¿Amargura? ¿Desilusión? ¿Desengaño? ¿Frustración? ¿Rendición? Todos esos sentimientos están expresados en la novela, de manera franca y directa, o afloran en la personalidad de Manjarrés, el «grande hombre incomprendido», que es y no es Fernando González. Pero sería un reduccionismo fácil creer que la crisis por la que atraviesa cuando escribe el libro es una derrota. Por el contrario, es la victoriosa carcajada final, dolorosamente irónica, con que el maestro se venga de la sociedad que lo rechaza. Fernando González, con una claridad adolorida, se ríe de sí mismo, se ríe de su entorno, se despide y da la espalda, para hundirse en una etapa de silenciosa y solitaria búsqueda interior. Sólo aparentemente, o simbólicamente, *El maestro de escuela* es la novela de un fracasado. Ciertamente el autor vive un momento duro y difícil de desadaptación, de repudio, de incompreensión. Siente que la vida se le parte en dos. Entra en la noche oscura. Pero no hay fracaso. Es la culminación de una etapa que lo impulsa hacia la madurez. Atrás queda la vida activa. Se inicia la vida contemplativa, que florecerá con los años en plenitud de vivencia mística de la *Presencia*.



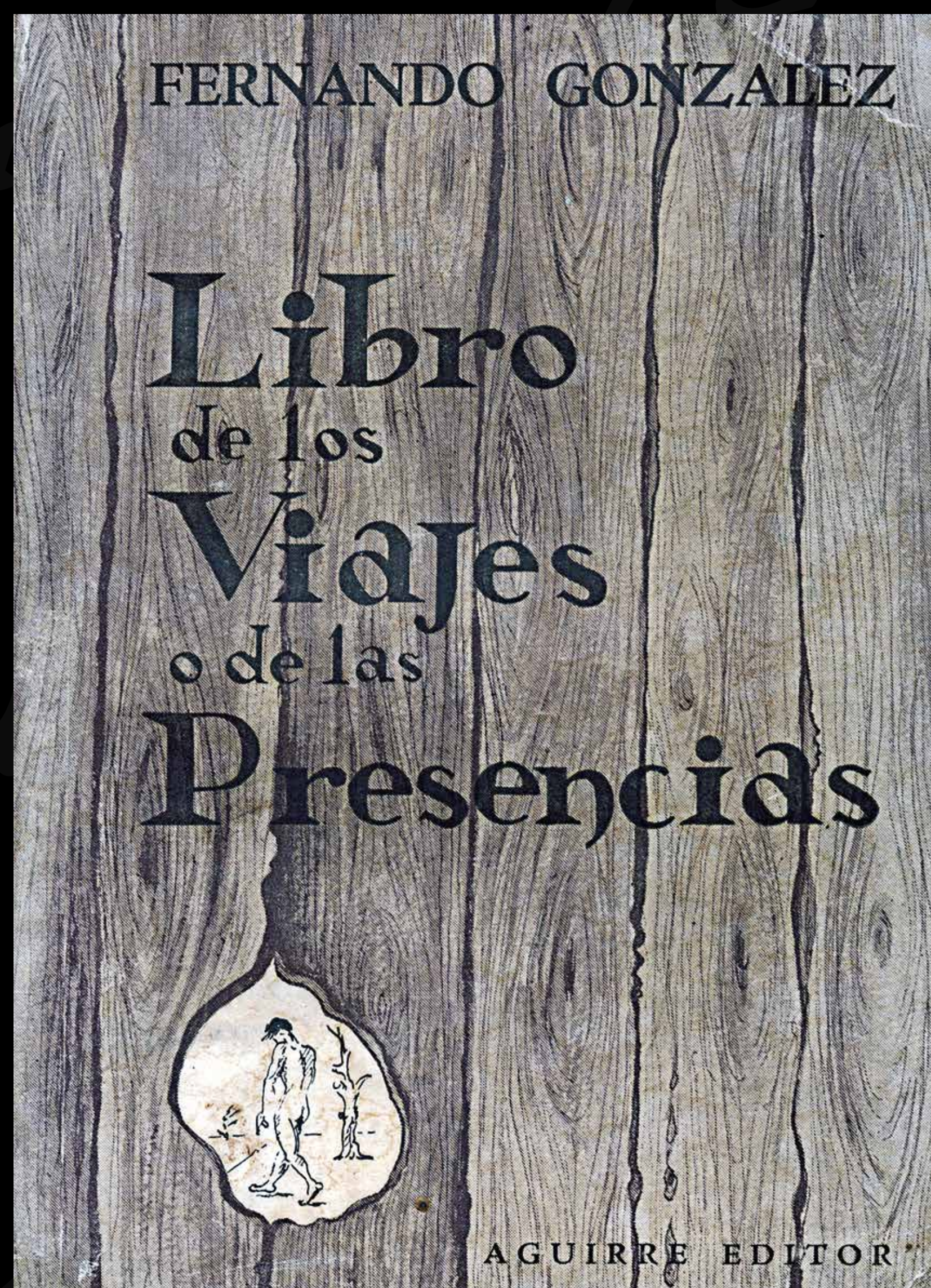
ESTATUTO DE VALORIZACIÓN

~ 1942 ~

«En el siglo XX, el accionista está repantigado en su butaca, recibiendo los dividendos de la sociedad anónima. ¿Quién trabaja? No se sabe. ¿Quién robó? No se sabe. ¿Quién compró la justicia? No se sabe. ¿Quién compró los votos en las elecciones? No se sabe. ¿Por qué no se discutió en segundo debate el proyecto de impuesto a las cervezas o a los cigarrillos? No se sabe. ¿Quién es Dios? El Gerente. ¿Dónde está el gerente? Es ubicuo. En esta guerra no ganará fulano o zutano, Hitler, Churchill o Roosevelt; ganará el nuevo orden, nuevo orden que es muy viejo, que está en el Evangelio, en Tolstoy, en Gandhi, en Lenin, etc.».

Fernando González

LAIN (La Izquierda Nacional), un movimiento de clara orientación liberal izquierdista, fue fundado hacia 1940 por Fernando González, secundado por el médico Rubén Darío Arcila (en cuyo consultorio en la Plazuela Uribe Uribe funcionaba la sede) y por el pintor Pedro Nel Gómez. Muchos intelectuales, artistas y políticos adhirieron a la propuesta política. En las elecciones de 1941, LAIN obtuvo 901 votos y eligió a Arcila como primer renglón al Concejo de Medellín, con suplencia de Froilán Montoya Mazo. Fernando González es nombrado Asesor Legal de la entonces creada Oficina de Valorización Municipal, correspondiéndole compilar y redactar el *Estatuto de valorización* que rigió desde entonces en la capital antioqueña. El texto se publica como libro en 1942 y aparecen en él, además de la legislación pertinente, rotundos y provocadores análisis sobre la política colombiana. Luego de *El maestro de escuela* la producción literaria de Fernando González se frena, en contraposición a la fecundidad de la década anterior, durante la cual publica casi un libro por año. El solitario de Envigado está de retirada, y en ese contexto escribe esta obra. Con excepción de los últimos cuatro números de la revista *Antioquia*, no volverá a publicar un libro hasta 1959, cuando aparece el *Libro de los viajes o de las presencias*. En el epílogo del *Estatuto de valorización*, dice: «Eso que entendemos por liberalismo es lo mismo que predicó el general Rafael Uribe Uribe».



LIBRO DE LOS VIAJES O DE LAS PRESENCIAS

~ 1959 ~

«Soñé despierto con esos papeles, y veía ya en mis manos el primer ejemplar del librito empastado en rojo oscuro, casi negro, y que cabía en el bolsillo de la chaqueta. Todo libro debería caber en el bolsillo; hay que llevarlo, tiene que ser manual, para leerlo al pie de los árboles, al lado de las fuentes, en donde nos coja el deseo. Un libro bueno tiene que ser manoseado, vivir con uno, pasear con uno. En fin, este amor ilegal por los libros se apoderó de mí y no me dejó dormir, como una muchacha que hubo en casa, cuando yo era joven...».

Fernando González

En esta obra de madurez se recoge el proceso filosófico y espiritual del autor durante un largo período de crisis vital que lo sumió en el silencio y en la soledad por casi veinte años. En 1941 había publicado *El maestro de escuela*, que remata así: «Termino avisando que ha muerto definitivamente el maestro de escuela». Y en el último renglón de la última página: «Requiescat in pace. Ahora sí estoy muerto. Ex Fernando González». Y al concluir el apéndice «El idiota», un grito desgarrador y rudo: «Putísima es la vida». Su producción literaria se frena en este período, en contraposición a la fecundidad de la década anterior. En 1947 muere su hijo Ramiro, a la edad de 24 años. Es un golpe rudo, que lo derrumba. Son años de prueba, de una honda conmoción interior que se verá reflejada en su vivencia más íntima en este libro. Entre 1953 y 1957 repite su experiencia como cónsul de Colombia, esta vez en Róterdam y luego en Bilbao. En 1957 regresa a su amada casa de La Huerta del Alemán, nombre que cambia por el de Otraparte en 1959. Ese regreso es el arranque de la historia y en ella recoge su experiencia de noche oscura, esa vivencia infernal del «Hoyo de los Animales Nocturnos» y su inmersión en el misterio de la *Intimidad*. Se trata de la resurrección del maestro de escuela Manjarrés: «En este libro expresé dramáticamente, dialécticamente, partiendo de mí y de mi Envigado, cómo se hace el viaje desde sus raíces, desde su yo hasta el Cristo y el Padre y el Espíritu Santo».

FERNANDO
GONZÁLEZ

LA TRAGICOMEDIA
DEL PADRE ELÍAS
Y MARTINA LA VELERA

LA TRAGICOMEDIA DEL PADRE
ELÍAS Y MARTINA LA VELERA

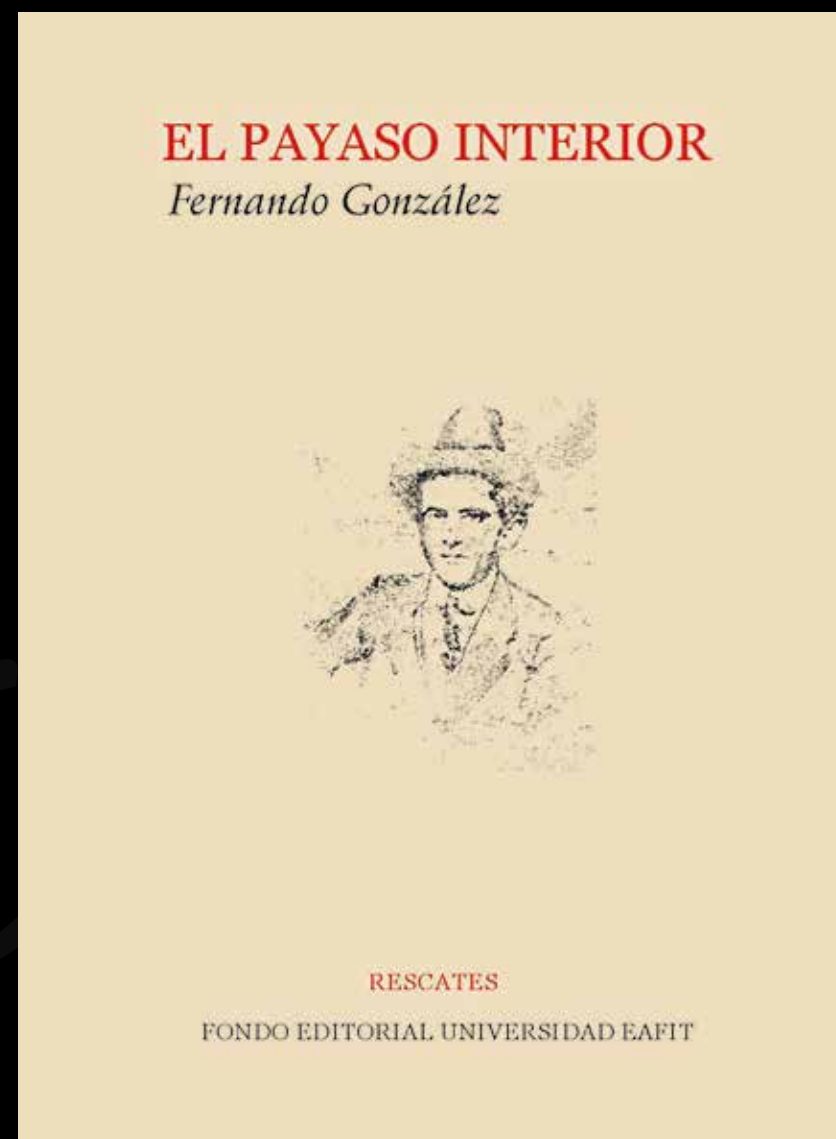
~ 1962 ~

«Y, para terminar, explicaré cómo hube estos manuscritos y personaje del drama: así como hay que atisbar en el silencio de las noches para ver las estrellas viajeras, yo me he dado a atisbar en soledad, y he recibido en casa la visita de misteriosos viajeros. No hay tal soledad; lo que así llaman es precisamente la compañía, y viceversa».

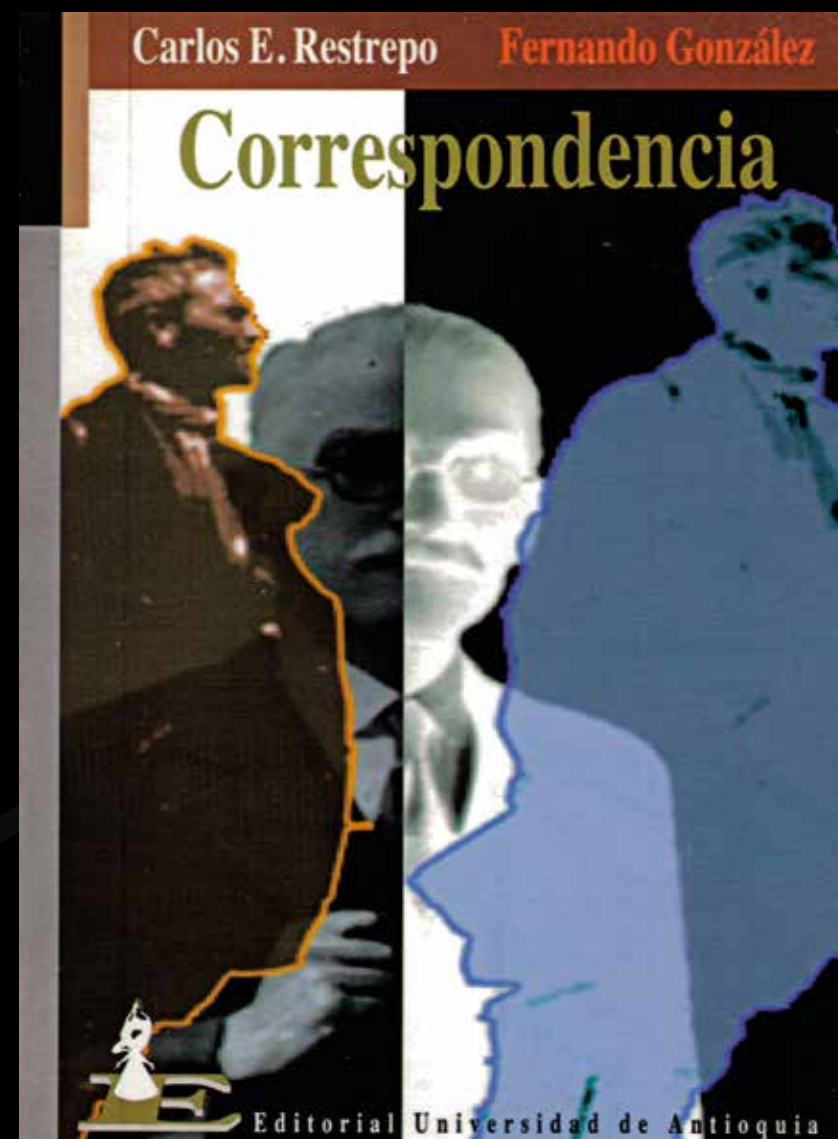
Fernando González

Fernando González asume en este último libro su condición contradicha en el medio americano y se burla piadosamente de su soledad, superada en un orden superior de vivencias místicas. Uno solo son Fabricio el sacristán y el padre Elías: «... el uno, presencia pagana; el otro, presencia de la cruz. Vías al mismo lugar; las presencias conducen siempre al Cristo». En estos personajes se encuentra la reconciliación de los universos espirituales en los que vivió su aventura de fe y autenticidad. *La tragicomedia* es la expresión de los fenómenos humanos y sobrenaturales que llevan a la redención, a la extinción del yo por la unión con Dios. Al final de sus días es un hombre en la beatitud, pero incomprendido, rechazado, mirado recelosamente. A pesar de este tinte trágico, el final es una plenitud de realizaciones, está envuelto en una atmósfera de paz de la que su figura y sus actitudes son reflejo vivo. Realmente su vida fue una tragicomedia. Mirado como la encarnación de odios, violencias e injusticias, cuando no fue más que un buscador de la libertad en el amor y la verdad; considerado como ateo, cuando sin el sentido de Dios no puede entenderse su obra y su lucha; juzgado como hedonista plácido y despectivo, cuando su vida fue una agonía sin cuartel para encontrar los principios, el principio primero de sus inquietudes; condenado como apátrida, cuando su voz no fue más que la denuncia de la mentira social que acoyunda y oprime el pueblo explotado y enfermo.

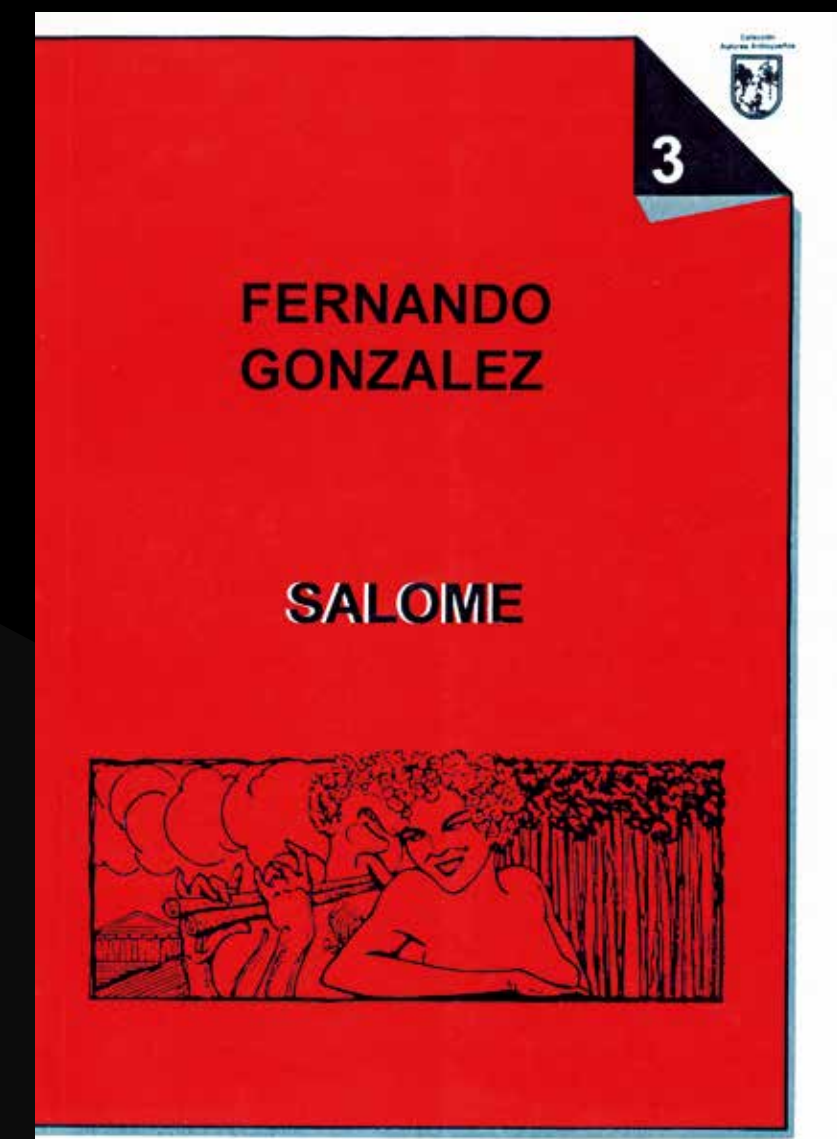
EDICIONES PÓSTUMAS



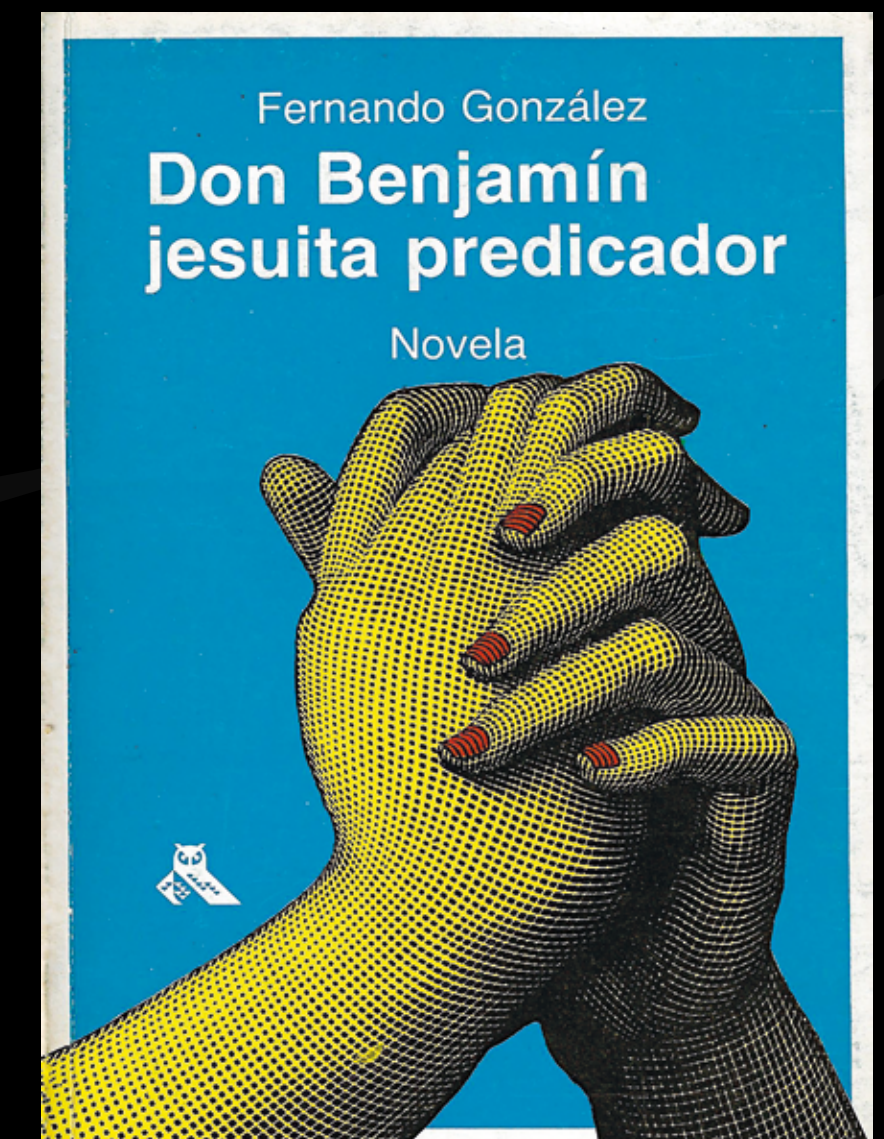
1916 (2005)



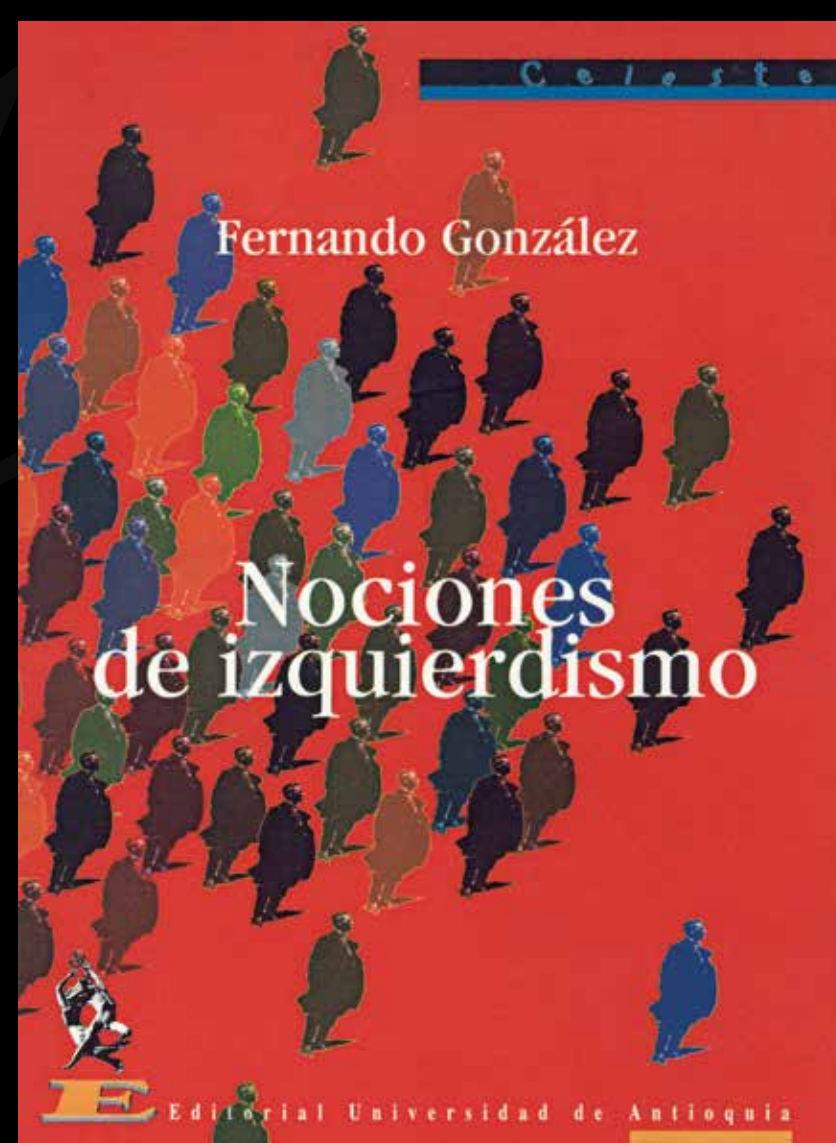
1922 - 1934 (1995)



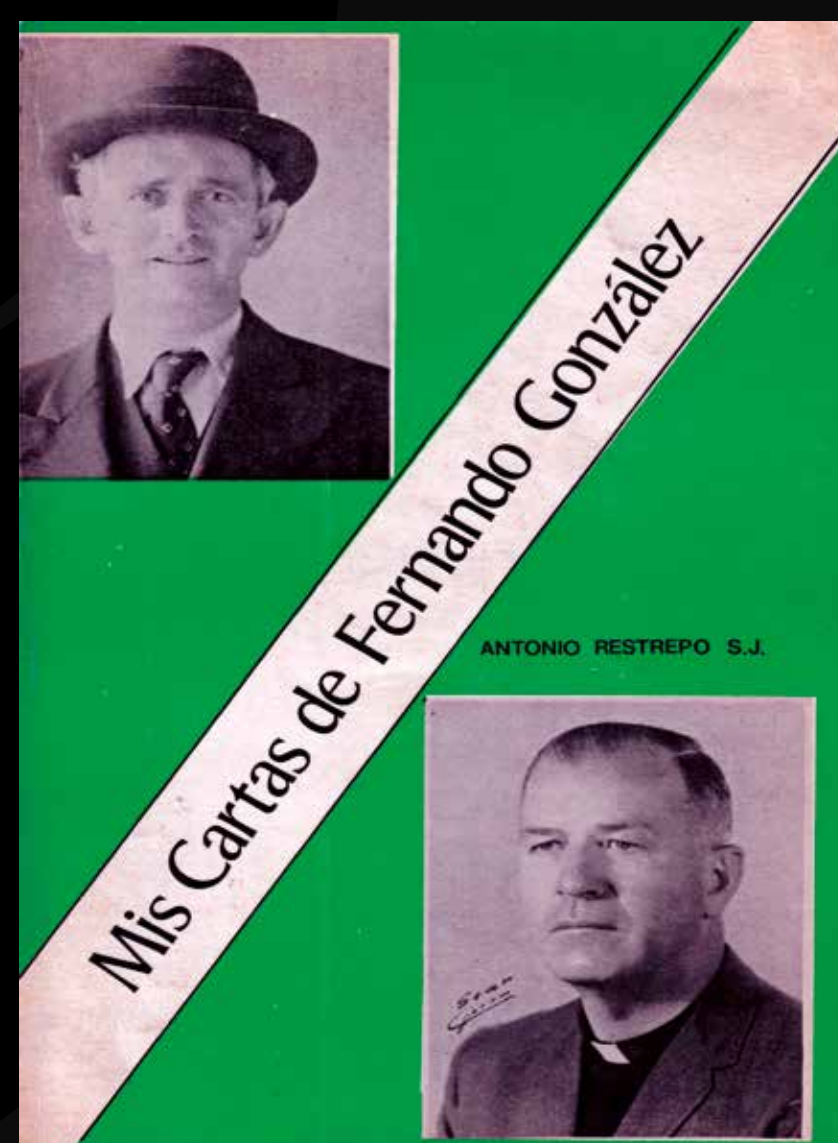
1934 (1984)



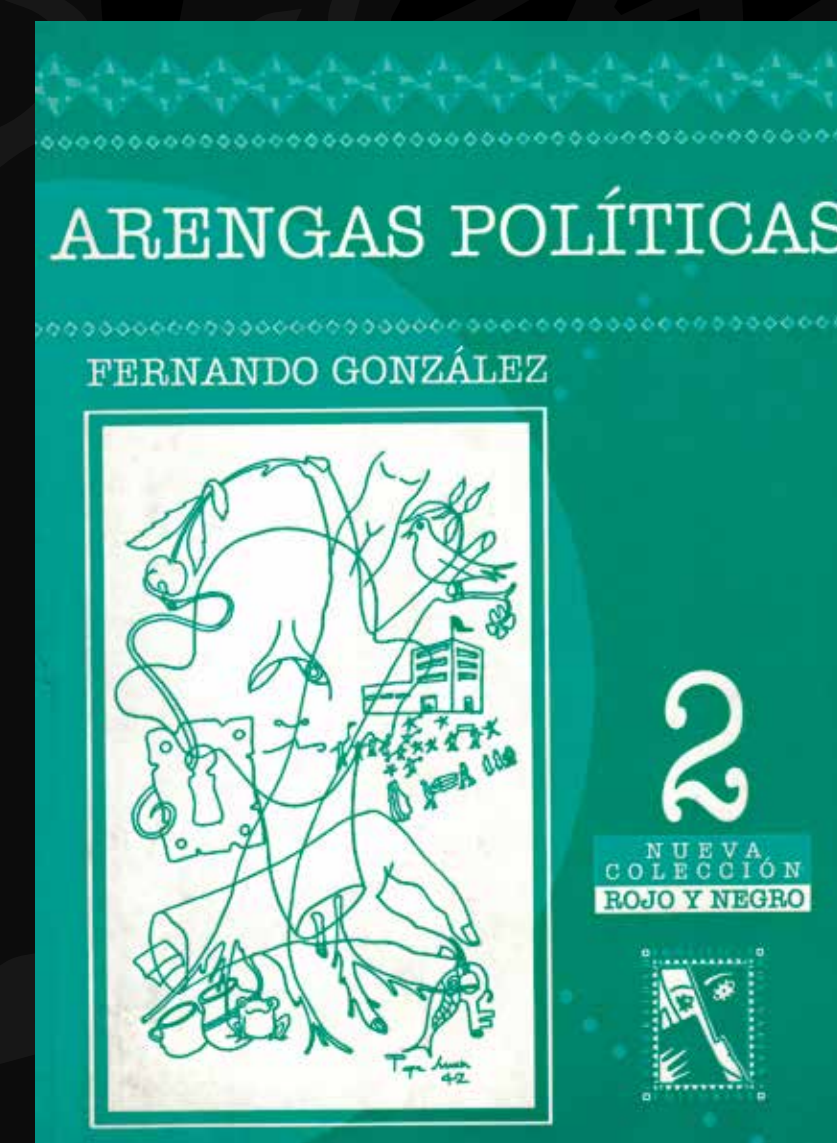
1936 (1984)



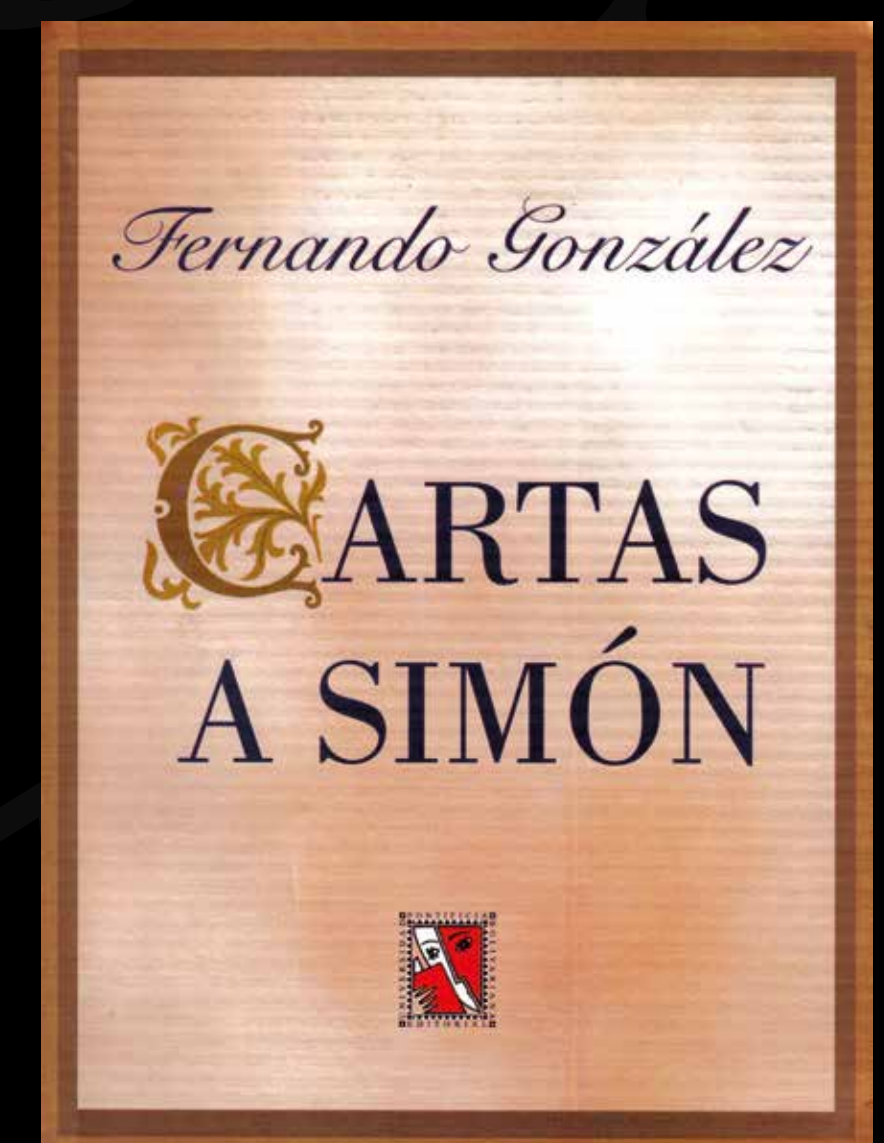
1936 (2000)



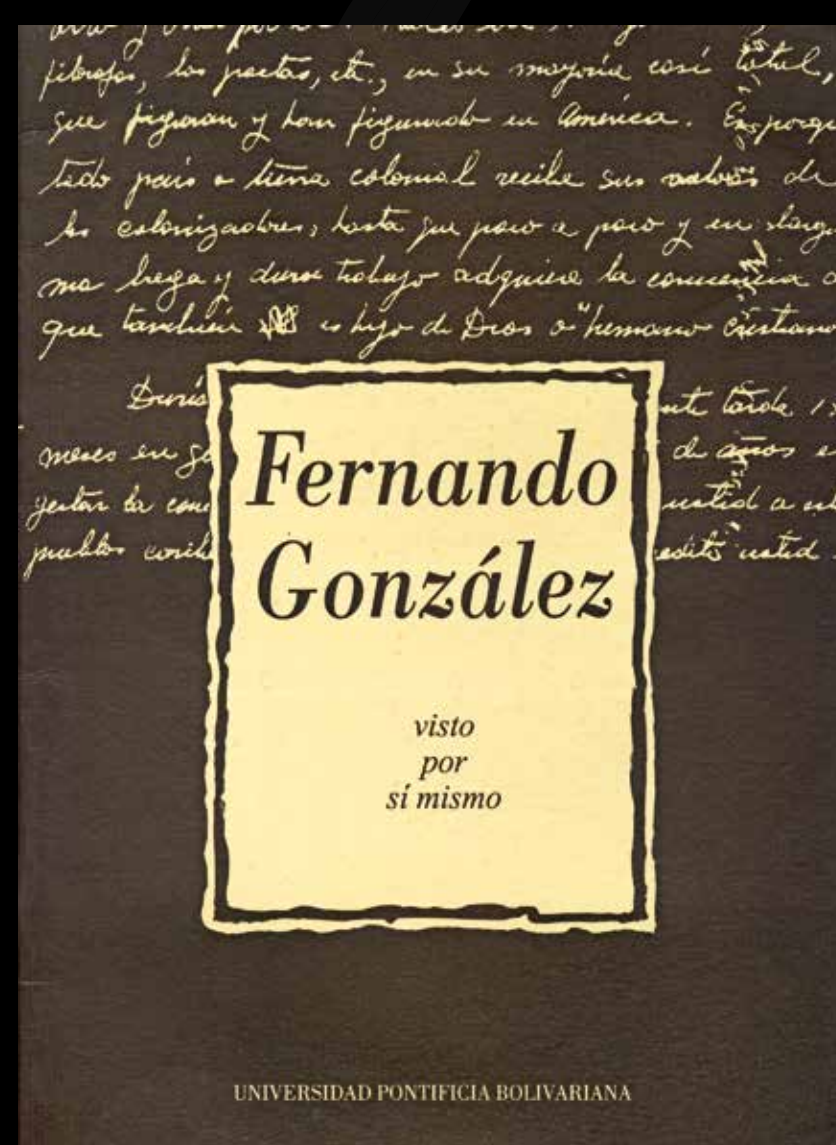
1944 - 1963 (1983)



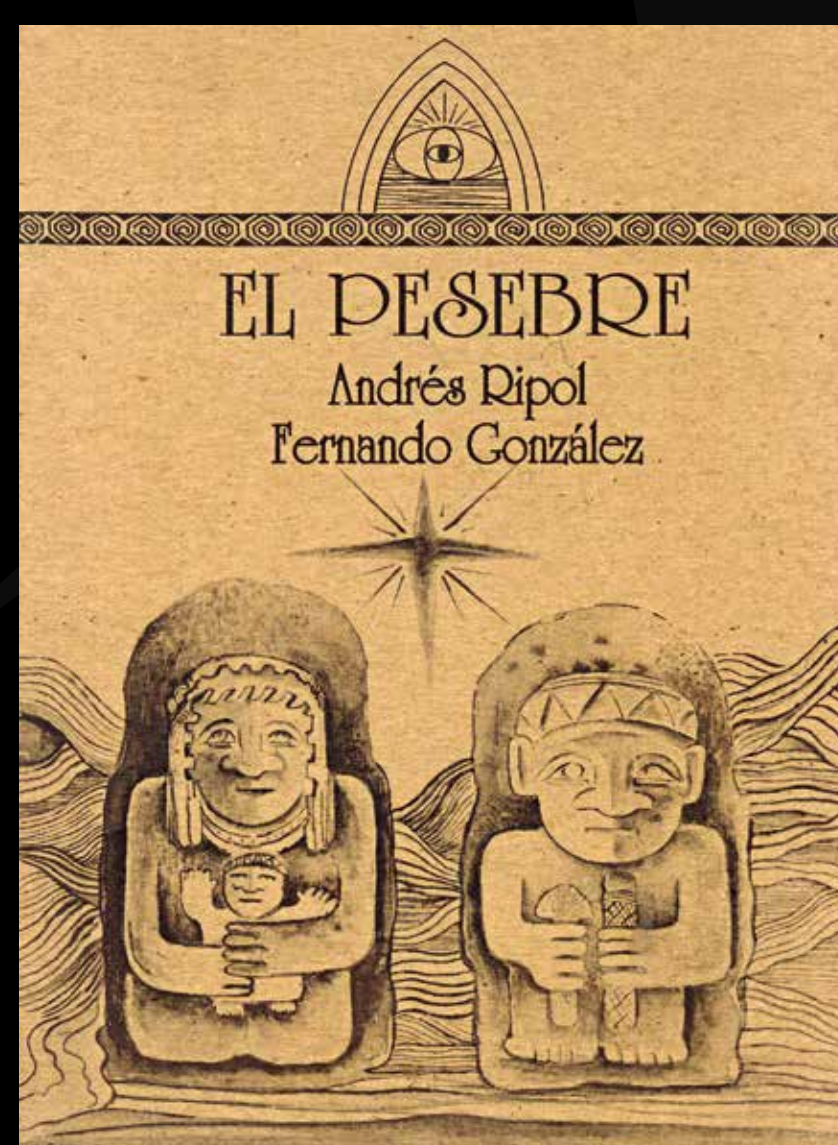
1945 (1997)



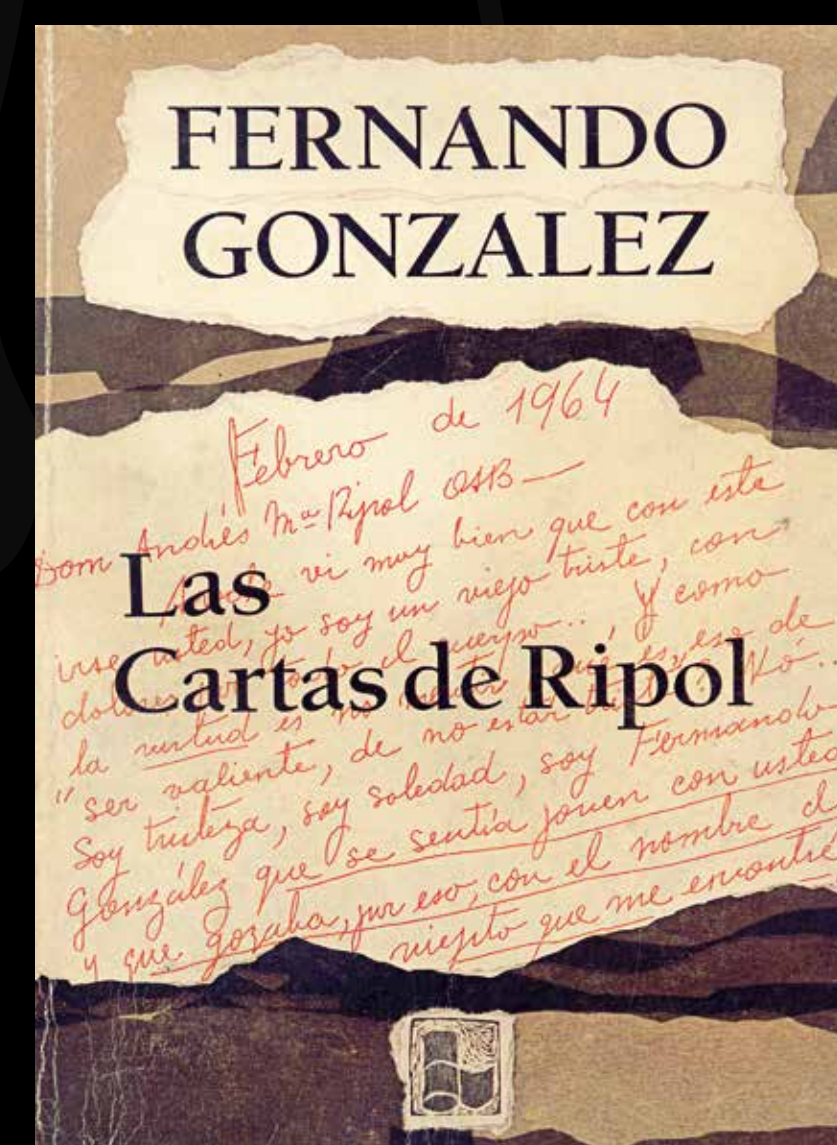
1950 - 1959 (1987)



1960 (1995)



1963 (1993)



1963 - 1964 (1989)



Reseñas basadas en artículos y ensayos de Alberto Aguirre, Alberto Restrepo González, Alfredo Iriarte, Carlos Andrés Londoño, Efrén Giraldo, Ernesto Ochoa Moreno, Juan Sebastián López Morales, Norelia Garzón de Vallejo y Santiago Aristizábal Montoya. Ilustración de portada por Daniel Gómez Henao. Escanea el código para más información:

¡Gracias por tu visita!